



MOLINEROS DE VOLENDAM (HOLANDA)

ÓLEO DE RAMÓN DE ZUBIAURRE.

DE LA EXPOSICION DE PINTURA ESPAÑOLA
 ORGANIZADA POR D. JOSÉ FINELO.



EL MAYOR ÁRBOL DEL MUNDO



ESTE ÁRBOL ES UN CIPRÉS QUE MIDE 47 METROS DE CIRCUNFERENCIA. SE ALCANZARÁ UNA VIVIENTE IDEA DE SU RESPETABILIDAD, CON SABER QUE SON NECESARIOS PARA CEÑIRLO TREINTA HOMBRES CON LOS BRAZOS EXTENDIDOS. HÁLLASE EN TULE, ESTADO DE OAXACA, MÉJICO.



HERMOSA REPRODUCCIÓN DE UNA CAMA ANTIGUA
EN EXPOSICIÓN EN NUESTRAS GALERÍAS.

MAPLE

MUEBLES Y
DECORACIONES
EN LOS ESTILOS
CLÁSICOS

658, SUIPACHA

EL GRAN BUDA DE PEGÚ



EL CASUAL DESCUBRIMIENTO DE ESTA ENORME ESTATUA ES UNA DE LAS GRANDES NOVELAS DE ORIENTE. LA IMAGEN SE HALLA ACTUALMENTE PROTEGIDA POR UN INMENSO TECHADO DE HIERRO. MIDE 55 METROS DE LONGITUD Y 14 Y MEDIO DE ALTURA.



Mírese en el espejo

Si su cutis refleja imperfecciones puede fácilmente corregirlas, empleando algunos remedios, caseros y sencillos.

Charlotte Rouvier.

UN SECRETO CONTRA LOS BARRILLOS

Los puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro, son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatirlos al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas) que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado, se baña el rostro con el agua «estimulizada» y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los gran-

des poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

UN PROCEDIMIENTO SIN IGUAL PARA CONSERVAR LA BELLEZA

Como que he sido siempre muy interesada en todos los estudios científicos relacionados con la conservación de la belleza natural del cutis, me ha impresionado vivamente la popularidad siempre creciente del nuevo y sencillo procedimiento de «absorción».

Miles de mujeres emplean privadamente este procedimiento en sus hogares. Se basan sobre razonada teoría que me parece de buen criterio, es decir, que el cutis viejo y descolorido, debe ser extirpado, máxime cuando la acción de los años, el uso de jabones cáusticos, cosméticos, etc., ha determinado manchas y arrugas en aquél. Dicha epidermis de mal aspecto, sólo sirve para ocultar la hermosa, vigorosa y fresca piel nueva que hay debajo y que espera ser relevada para exhibir su hermosura y lozanía.

Con este objeto las mujeres aplican únicamente un poco de cera mercolizada, tal como puede obtenerse en cualquier farmacia importante, extendiéndola a modo de cold cream sobre el cutis. Tal procedimiento observado por espacio de algunas noches, determina la absorción completa de la epidermis muerta y vieja. Cera mercolizada de buena calidad no es una substancia desagradable y los resultados inmediatos de este sencillo e ingenioso sistema, son realmente sorprendentes.

Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente en un envoltorio de cartón blanco, cuya cubierta exterior tiene la inscripción en inglés «pure mercolized wax», impresa en azul.

CABELLERAS ONDULADAS

Pocas personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquiera otra substan-

cia. Tiene una natural afinidad con el cabello, dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en latas selladas, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

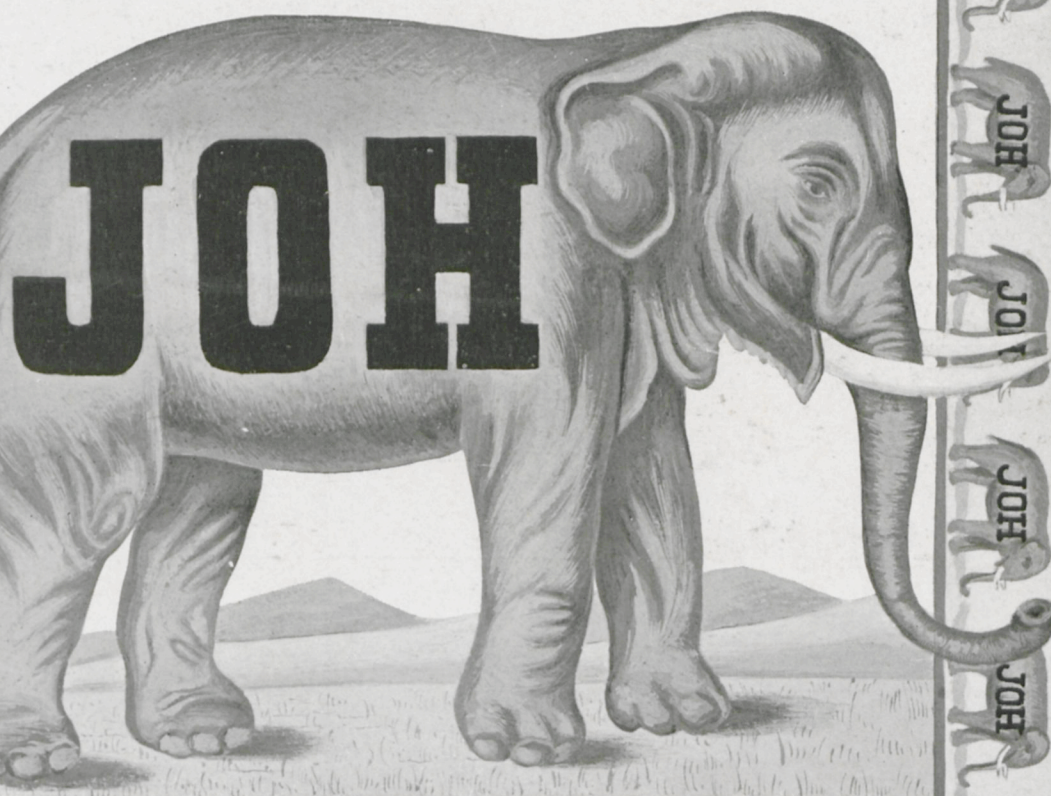
PARA EVITAR EL VELLO

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo, es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

SE ACABARON LAS CANAS

No es necesario recurrir a los tan discutidos tintes del cabello para no tener canas. Las canas pueden recuperar fácilmente el color natural del resto del pelo con sólo usar durante pocos días de la aplicación de un remedio casero, al estilo antiguo, tan sencillo como inofensivo. Compre usted en seguida en casa de su boticario dos onzas de tammalite concentrada y mézclelas con tres onzas de «bay rum» o de espíritu de laurel. Aplique la loción al cabello unas cuantas veces con una esponjita, y verá usted con placer que al cabo de pocos días las canas que usted tenga van recobrando gradualmente el primitivo color del cabello. La loción es muy agradable, nada grasienta ni pegajosa y no hace daño en ninguna forma al cabello. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

El verdadero Té de la China



TE ELEFANTE

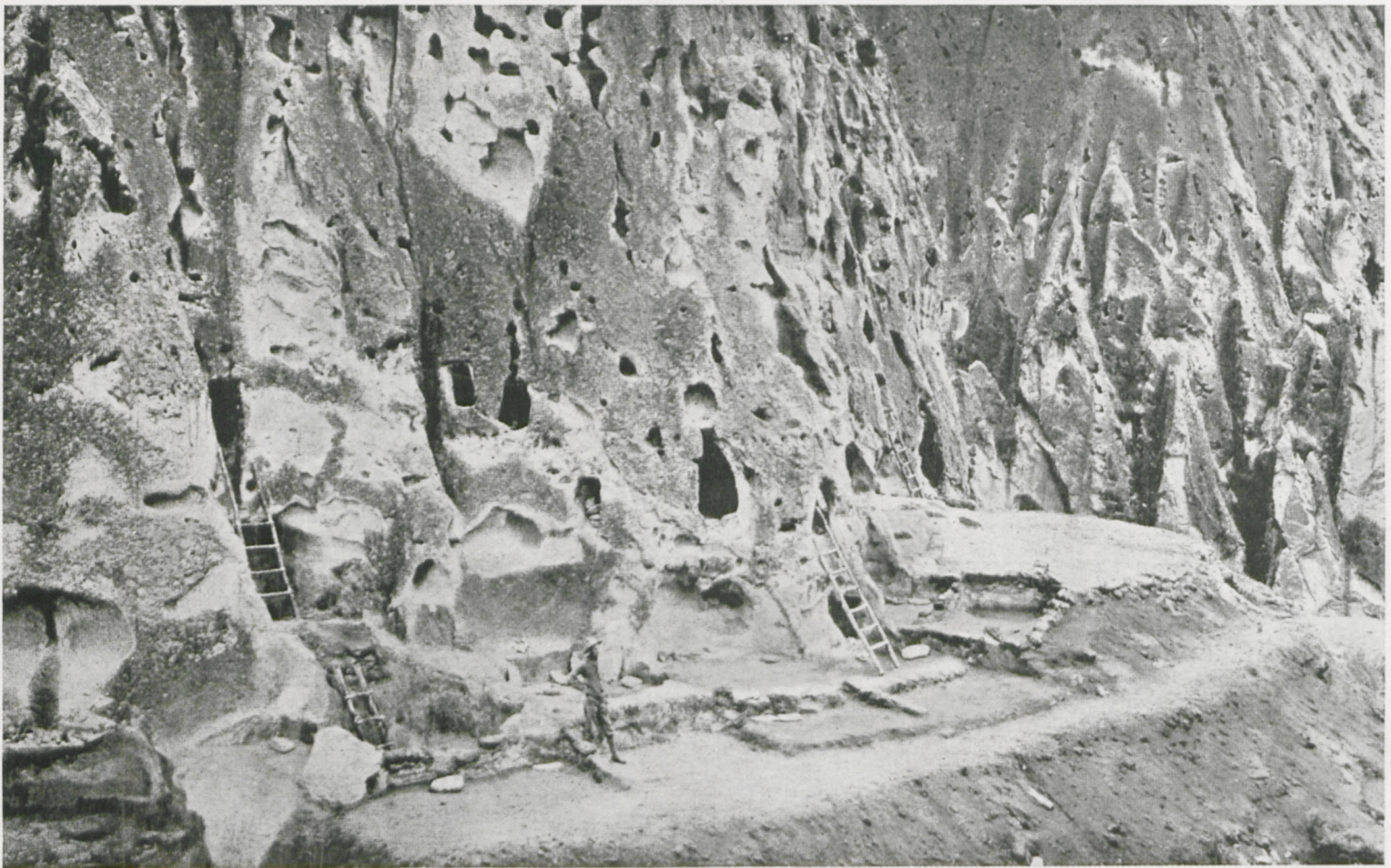
SE ENCUENTRA EN TODOS LOS BUENOS ALMACENES

Casa Importadora: JUAN O. HALL

CHARCAS, 1947.

BUENOS AIRES

TROGLODITAS AMERICANOS



LOS HABITANTES PREHISTÓRICOS DE NUEVO MÉJICO HAN DEJADO INNUMERABLES HUELLAS DE SU EXISTENCIA. ENTRE ESTOS VESTIGIOS, MERECE PARTICULAR ATENCIÓN LAS RUINAS DE IYUANYI, SITUADAS EN RITO DE LOS FRIJOLeros, VULGARMENTE CONOCIDAS CON EL NOMBRE DE «LA CASA DEL SOL». ÚLTIMAMENTE, LOS ARQUEÓLOGOS NORTEAMERICANOS ESTÁN DANDO EXTRAORDINARIO IMPULSO A LAS OBRAS DE DESCUBRIMIENTO Y RESTAURACIÓN DE LAS VIVIENDAS QUE OCUPARON LOS TROGLODITAS. EN ALGUNAS DE LAS CASAS, HAY MILES DE HABITACIONES CONSTRUÍDAS CON GRAN SOLIDEZ. LAS CUEVAS ERAN INACCESIBLES PARA EL ENEMIGO.

AERTEX

CELULAR

EL TEJIDO QUE DESAFIA
AL CALOR Y AL FRÍO



SE VENDE EN LAS
PRINCIPALES CASAS
DEL RAMO.

Por intenso que sea el calor o por baja que sea la temperatura, toda persona que use **AERTEX** Celular, como ropa interior, se sentirá cómoda y confortable, disfrutando su cuerpo de una temperatura media. El secreto es éste: Usar **AERTEX** Celular, equivale a vestir un tejido formado de una infinidad de celdillas de aire, el mejor aislador del calor y del frío. Emplee usted **AERTEX** Celular y gozará siempre de una temperatura normal, apesar de las alteraciones atmosféricas.

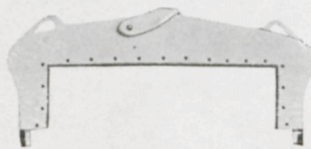


CASA BISH

ESMERALDA, 81. — U. Telef., 1470, Avenida.



ESPECIAL EN CARTERAS
PARA SEÑORAS
Y CABALLEROS



GRAN SURTIDO EN
BROCHES, IMITACIÓN
CAREY, MARFIL Y
PLATA

SE HACEN MONOGRAMAS



Pida a su librero
Tinta de escribir

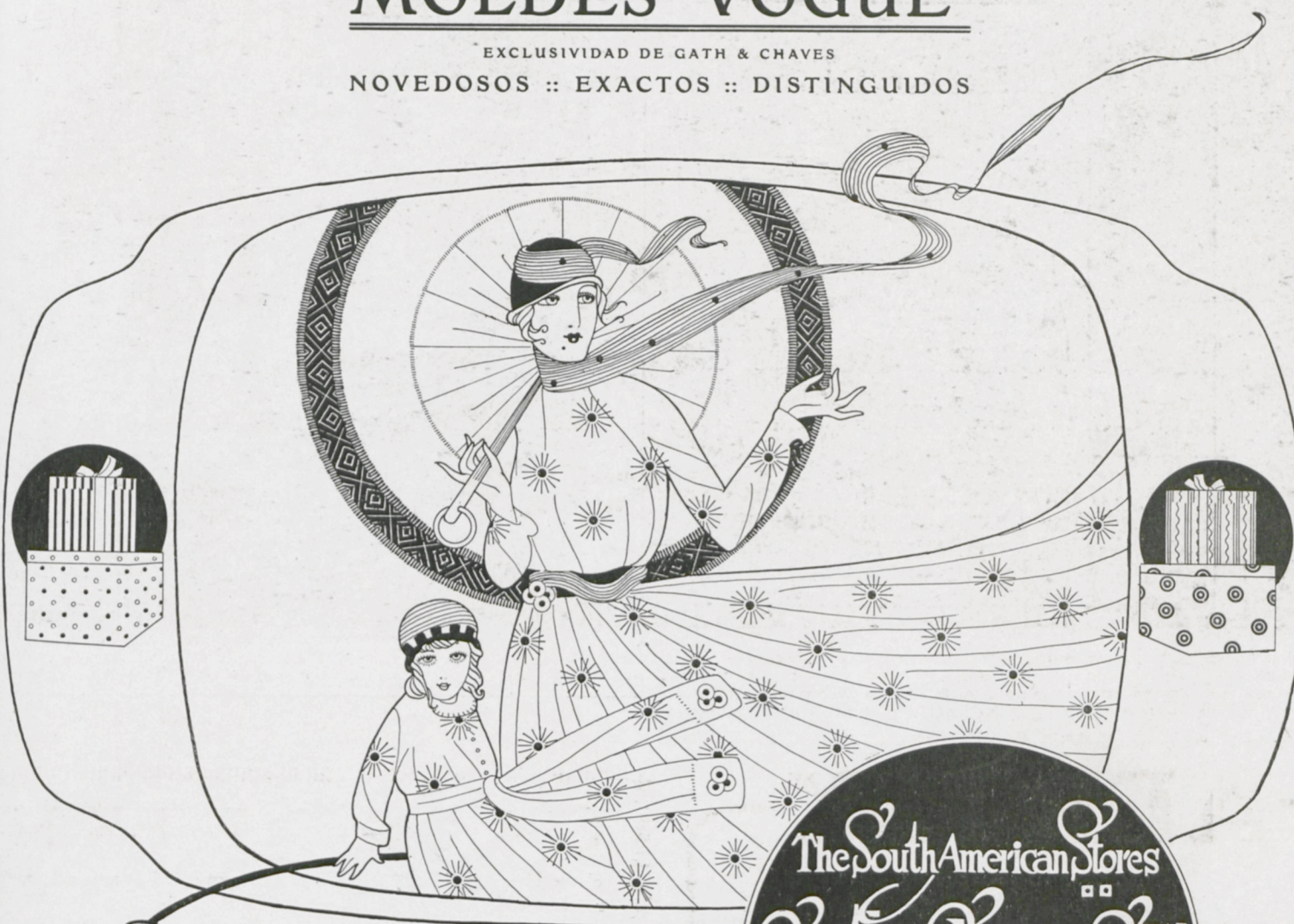
Stafford's

Siempre la misma.
La mejor. - Hay de
todos los colores y
para todos usos.



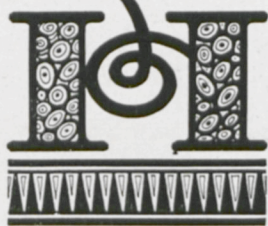
MOLDES "VOGUE"

EXCLUSIVIDAD DE GATH & CHAVES
NOVEDOSOS :: EXACTOS :: DISTINGUIDOS



The South American Stores
Gath & Chaves Ltd.

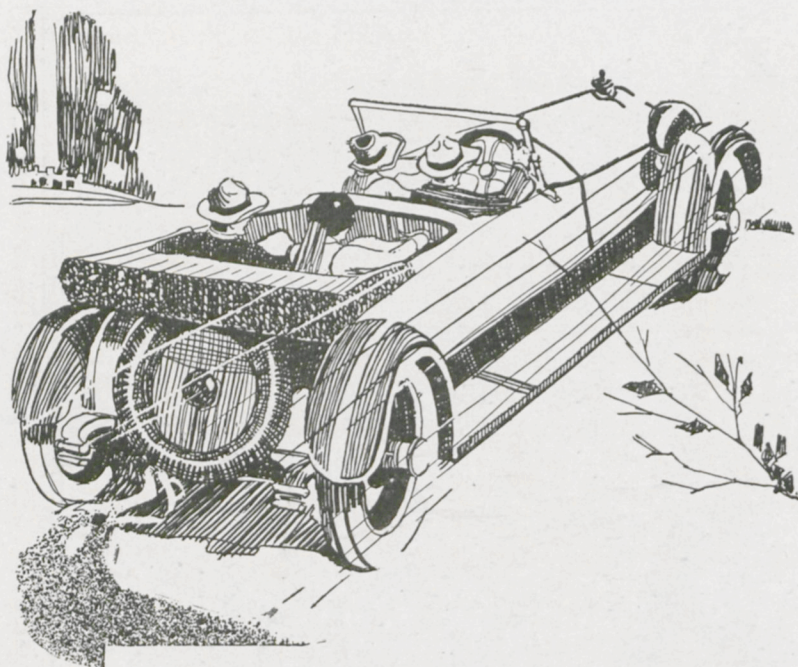
Anexo: Av. de Mayo,
Perú y Rivadavia...
Casa Central:
Florida y Cangallo.



A inaugurado Gath & Chaves una extraordinaria Exposición de Confecciones y Modas de Señora, que pone de manifiesto no sólo el gusto, la elegancia y la suntuosidad de los modelos, sino también la modicidad extrema de los precios.

Gath & Chaves, aún a costa de muchos sacrificios, ha impuesto el sistema de la renovación quincenal de los modelos, porque entiende, con él, dar a las señoras elegantes, una inapreciable garantía de novedad.

El conjunto puesto en venta, comprende dentro de la más extensa variedad una magnífica colección de vestidos de "voile" que llama la atención por lo original y distinguida.



Devuelve La Potencia de Su Automóvil

NO hay nada más molesto que las dificultades del motor, y 80% de ellas se deben a la acumulación del carbón. El ruido y pérdida de fuerza, gasto excesivo de combustible, encendido extemporáneo, etc. se deben solamente al carbón en los cilindros. Limpiándolos con el

DESPRENDEDOR DE CARBON JOHNSON'S

su automóvil trabajará como cuando era nuevo-silencioso y con toda la fuerza necesaria.

Solamente se requieren cinco minutos. Simplemente ponga una onza del Desprendedor en cada cilindro, donde se dajará de 30 á 40 minutos. Entonces póngase a andar el motor y se verá la nube de carbón que sale por el tubo de escape. Se puede reducir la acumulación del carbón con

agregar cuatro onzas del Desprendedor a cada diez galones de combustible que se use.

Seguro Y Garantizado

El Desprendedor de Carbón Johnson es insuperable para cualquier tipo de motor. No puede perjudicar el metal, no afecta el aceitado ni el lubricante en la caja de arranque.

Pruebe Ud. este Desprendedor y pida a su vendedor que le muestre la Cera Preparada de Johnson que sirve para dar un lustre hermoso a los automóviles. También el Cemento para Radiadores que tienen escapes. El vendedor puede obtener estos productos de

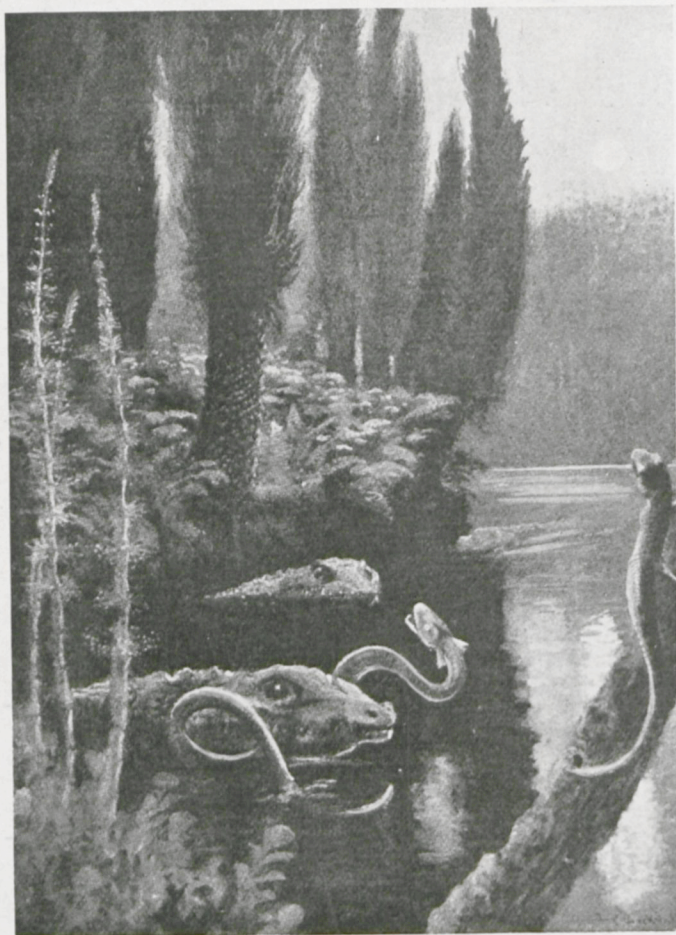
S. C. JOHNSON & SON

Fabricantes

Racine, Wisconsin, E.U.A.



FÓSILES PAMPEANOS

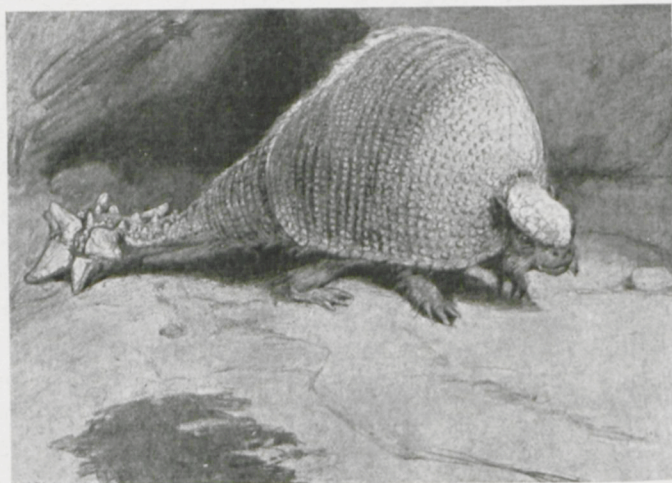


ANFIBIOS DE LA EDAD PLIOCENA.

Aun no existía el hombre. La exuberante vegetación itase agostando y hundiéndose en el subsuelo para formar enormes depósitos carboníferos. Constituían la fauna de ese período, los anfibios monstruosos de largas cabezas, puntiagudos hocicos, desmesuradas colas y pesados miembros. Fuera de los ríos vivían también otros monstruos desproporcionados con la columna vertebral completamente osificada. La lucha por el agua era la principal ocupación de estos últimos, que perdían miembros entre los dientes de los habitantes de las grandes corrientes.

La imaginación puede apenas darse idea de cómo fué el mundo durante las épocas agitadas de aquel terrible proceso geológico.

Uno de los ejemplares de la extinguida fauna, el «doedicurus», cuyo aspecto exterior es semejante al del armadillo o de las vulgares mulitas, tenía hasta cuatro metros de longitud. Su armadura fuerte, en la que debía guarecerse ante el menor peligro, constituía una buena defensa para el «doedicurus», gliptodonte que debió distinguirse por la pesadez de movimiento y por una buena dosis de cobardía.



EL «DOEDICURUS», GIGANTESCO GLIPTODONTE.

PRUEBE LOS SANDWICHES
PREPARADOS CON PRODUCTOS NACIONALES

SWIFT

Picadillo de Carne
Carne de Ternera en Pasta
Pasta de Jamón

CUANTO MÁS DELICADO
SEA SU PALADAR TANTO
MÁS SABRÁ APRECIARLOS

Cia Swift de La Plata-Argentina





N.º 9080. — ELEGANTE VESTIDO en rica clase de espumilla, colores gris y azul, con bordado y corpiño de seda \$ 150.—

ELEGANTE CAPELINA de fina paja Italia, adornada con cinta color rosa, celeste o crema, y ramito de fruta del mismo tono, a..... \$ 38.—

N.º 7303. — VESTIDO MUY CHIC, en muy buena calidad de linet de hilo, colores claros, adornado con fleco de seda, \$ 75.—

GRACIOSO SOMBRERITO en puntilla de paja, adornado con cinta y flores, a..... \$ 28.—

N.º 8577. — VESTIDO DE GRAN MODA, en rica calidad de sarga, colores claros y oscuros, adornado con bordado, \$ 130.—

SOMBRERO MUY CHIC, en clarín de color claro formando «nid d'abeille», adornado con plegado y galón de paja oscura, a..... \$ 32.—

Harrods

FLORIDA 877
PARAGUAY 554



PLUS
ULTRA



EN EL SALÓN

Centurion

L A V Í C T I M A

Al cabo de muchos años de andar divergente, vinieron a reunirse en la penumbra de aquella sala amiga, donde la luz de la luna, entrando por la ventana, les dejaba discretamente en la sombra y después de arrancar chiribitas al oro de los muebles, se iba a inundar con claridades blanquísimas la desnudez impecable de una estatua.

Aunque jóvenes, ambos tenían el alma bien cansada ya. Habían bebido la vida a grandes sorbos, habían malbaratado sus sensaciones en un afán insensato de palparlo todo, y ahora tras el vértigo trágico de que nos habla Rachilde, se abismaban a cada minuto ante su respectivo tendal de ilusiones. Ella le conocía mucho y él la conocía más todavía. Eran como dos banderas, como dos estandartes de guerra tremolando en dos campos opuestos. El mismo pecado glorioso les unía en un abrazo común, y la turba amiga, ingenuamente mala, les quería y les calumniaba por igual. Ella, era divinamente bella, tenía una de esas bellezas serenas de madona, que engañan al incauto como las aguas traidoras de los remansos, y él, un escéptico a fuerza de no quererlo, un sensual, hipersensible, impenitente, un enamorado de todo lo que en el mundo es gracia y delicadeza y armonía; pero oculto, eso sí, bien oculto bajo la formidable coraza con que arma la experiencia para la vida.

Mucho habían deseado conocerse, pero el destino en sus caprichos inescrutables se había complacido siempre en apartar al uno del camino del otro.

Para él, ella tuvo en ciertas épocas una atracción infinita: casada y viuda y vuelta a casar, siempre le llegó su nombre rodeado de prestigios; siempre la oyó nombrar «sotto voce», y atribuir las mayores extravagancias y las mayores maldades.

«¡Pobre del que cae en las redes de semejante hechicera!» — solían decirle. — Y él experimentaba, entonces, como una sensación orgullosa de su propia fuerza, como un afán intenso, indomable, de conocerla, de medirse con ella y de vencerla al cabo, en una batalla suprema de amor y de odio...

Por fin se hallaron — como decíamos — frente a frente, en el amable refugio de aquella casa amiga. Después de tantos años, mucha nieve de escepticismo y de hastío había caído sobre sus cabezas; no obstante ambos experimentaron, al conocerse, una emoción verdadera y se miraron con ojos de curiosidad y simpatía.

El fué el primero en hablar, alegre y expansivo, en un brusco florecimiento de antiguo vicio:

— Sí, señora — dijo en tono de broma pero con un ligero temblor de emoción en el acento. — Usted quizá no me creerá, pero le juro que todavía me parece un sueño lo que está pasando...

— ¿Un sueño? ¿Por qué? — Y sonreía ya, con su boca grande, provocadora y fresca, como un clavel andaluz. — ¿Un sueño? Caramba; ¿no le parece que estamos en una sala bien real y bien coqueta? ¿No oye, además, el rumor de los automóviles que pasan, la campana de los tranvías y hasta la música de una pianola que tocan por ahí?

— Nada oigo, señora, ni quiero oír, aparte de su voz armoniosa, como no quiero ni puedo mirar ya en otra dirección que en la de sus ojos, después que he tenido la suerte de conocerlos y de comprobar que debe ser una gran verdad lo que se dice.

— ¡Ah! ¿Sí? ¿Qué se dice?

— ¡Oh, se dicen tantas cosas! ¡Se dicen muchas cosas malas!

— ¿Malas?

— Sí, señora; no sé como decir: malas, pero... «divinamente» malas... ¿Me comprende? Según parece, esos ojos tan serenos que tiene usted y que me miran ahora, recordándome aquellos otros de cierta virgen antigua que vi pintada en una iglesia de Roma, esos ojos que parecen incapaces de la maldad más insignificante, han hecho mucho daño en el mundo.

— Ah, sí, cuénteme eso, debe ser curioso ¿verdad? — Y se echó a reír coquetamente, con aquella risa maliciosa y sabia que ponía en evidencia sus dienteillos perversos...

El se fingió serio:

— ¡Ah, no, señora! No me imagine usted tan ingenuo como para venir a halagar el oído del criminal con el relato de sus propias hazañas... He vivido mucho y tengo una habilidad de alpinista para acercarme sin peligro al borde de los precipicios más hondos. No obstante, usted va a tener que disculparme si me retiro muy pronto, porque a pesar de mi práctica en el oficio, soy enemigo de abusar de los riesgos y hay abismos que, francamente, hacen perder la cabeza...

— ¡Vamos, vamos! Veo que me resulta usted tal como lo pinta la historia... ¿Qué le parece que en vez de hablar tanto de mí, nos ocupáramos un poquito de usted?

— ¿De mí?

— Sí, de usted, de usted mismo, que nos ha tenido pendientes de sus hazañas por espacio de tanto tiempo...

— ¿Yo?

— Sí, usted. No se haga el pobrecito. Le aseguro que más de una vez tuve deseos de conocerle: Que Fulano por aquí, que Fulano por allá, que las picardías y las barrabasadas de Fulano... No se ría, es la pura verdad. Usted no se imagina cuantas mujeres me han hablado mal de usted en estos últimos años.

El se rió con desaliento y continuó después, grave de veras:

— No, señora, — dijo, — hablemos con seriedad. Usted por una bondadosa complacencia o quizá más bien por maldad, me quiere atribuir glorias o triunfos que no me pertenecen, que no me han pertenecido nunca. Muy por el contrario, puedo asegurarle que soy uno de esos hombres nacidos para juguetes o para víctimas de las mujeres.

— ¿Ah, sí? ¡Pobrecito!

— No; verá usted. Al principio y allá en los comienzos de mi triste carrera de sempiterno aburrido, pude tal vez haber sido victimario; pude, en la inconsciencia de la edad, haber cometido alguna felonía; pero ahora que echo mis cuentas con todo reposo, veo claramente que si ha habido alguna víctima en esa lucha entre las mujeres y yo, la víctima he sido yo sin duda alguna...

— ¡Pobre inocente! ¿Y Elena Suárez y Ernestina Ibáñez y esa otra chica de... no sé cómo se llama aquella que dicen que quiso matarse por usted?...

— Permítame. Afirmino que yo he sido la única víctima de esa larga batalla, y voy a probarlo: Cuando tenía quince años me empecé en conseguir el amor de la hija de una vecina, de una pobre mujer que vivía a la vuelta de mi casa. El resultado de la aventura fué que dejara de estudiar y que en vez de terminar mis cursos preparatorios a los diez y ocho años, lo hiciera allá a los veinte. A tan hermosa edad no me fué posible tampoco ingresar en la Facultad, porque tuve mucho que hacer; estaba completamente resuelto a casarme con la hija de un personaje político, y los políticos no necesitan estudiar introducción al derecho. El mucho andar por los comités a la zaga de mi presunto suegro, me valió, además de un garrotazo formidable que me tuvo varios meses en la cama, la oportunidad de conocer a un señor muy distinguido, el cual señor tenía una esposa más distinguida aún y mucho más coqueta, que haciéndome olvidar para siempre a la hija del político, me obligó a perder tres años largos de estudios universitarios y me dejó el alma tan vacía y tan negra de escepticismo que si hubiera sido otro habría podido llorar a gritos. Entonces, en vez de suicidarme, me puse a estudiar como un frenético. Me había planteado el problema con ruda franqueza y su solución fué rotunda: «estudias o te suicidas». Como usted comprenderá, fui lo bastante cobarde para optar por lo primero, y estudié con tal dedicación que en un año me puse a dos dedos de la tesis. No me recibí, sin embargo. Mi enemigo necesitaba aún su víctima. Una bella señora, hasta entonces inaccesible para mí, como pudiera serlo una imagen de culto encerrada en su nicho de cristales, tuvo la amabilidad de ablandarse un buen día y heme de pronto viajando con ella, por Italia, por Francia y por Egipto... ¿Qué me cuenta usted? Cuando regresé al país, lleno el cerebro con la visión cinematográfica de los paisajes alpinos, de los «cabarets» parisienses y del arte antiguo ingurgitado sin orden y sin tasa, traía también repleto de escepticismo los últimos huequecitos que conservaba en el alma. ¡Ah, señora! No hay como las mujeres casadas y mayores que uno para echarle a perder y pudrirle el cerebro...

— ¡Muchas gracias!

— ¡No, caramba! Usted dispense... En primer lugar, yo no puedo hacerle el agravio de compararla con las otras mujeres y después usted no me ha hecho el honor de echarme a perder todavía...

— ¡Qué atrevido!

— Después de eso no he hecho más que andar y andar, señora... Andar errante como aquel personaje de Sué, que marcaba en la nieve las cruces de sus zapatos y arrastraba sobre las zarzas su triste manto de hastío!

Hay una pequeña pausa durante la cual él ha inclinado la cabeza y ella le mira muy seria. Después él continúa con voz cansada:

— Todo lo abandoné por ellas... padres, aspiraciones, amigos... les he dado inconscientemente, todo lo bello, lo generoso y lo noble que tenía

en el espíritu, y ellas en cambio, sólo me han dejado con amarguras y desencantos infinitos, una inexplicable sensación de vacío...

— Sí, pero ¿y ellas, sus víctimas? ¿No habrán sufrido, acaso? Su modo de pensar es bastante egoísta...

— ¿Ellas? No sé... pero me parece que no... Estas mujeres, señora, tienen una habilidad de político para «acomodarse» bien... No sé... unas se han casado, otras se han muerto; ¡qué sé yo! Otras han vuelto a querer y quieren todavía con un cariño entrañable...

En ese momento una niña preciosa penetra en la sala...

— Con permiso... Mamá, dice papá que ya es hora...

— Ah, muy bien... (Presentándola): — Mi hijita...

— Su hijita; tanto gusto, señorita... Es una preciosura... Ahora me explico porque usted me mira con compasión.

— ¿Yo?

— Sí... Usted «ha salvado la ropa» en el naufragio de sus ilusiones, mientras que yo...

Ella tornó a reírse y dijo tendiéndole la mano:

— Ya conversaremos otra vez; he tenido mucho gusto en conocerlo...

El le retuvo la mano un instante:

— Ahí tiene usted — exclamó burlonamente. —

Aquí tiene usted... Se va contenta y feliz y yo me quedo furioso...

— ¿Furioso? ¿Y por qué?

— Porque veo que usted ha sabido «acomodarse» y yo no...

— ¡Ja, ja! ¡Qué bueno!... Cásese, amigo mío... cásele y verá...

— No; muchas gracias, señora; ya estoy cansado de hacer la víctima...

DIBUJO DE ALVAREZ.

BENITO LYNCH.



VIII SALON



Fué nuestro primer propósito agregar pedantemente una opinión más sobre las obras expuestas, analizando valores, escalonando categorías, y determinar escuelas, estilos, tendencias y aspiraciones como es uso y costumbre en estos casos. Una pequeña reacción interior, un llamado del buen sentido, nos desvió del intento llevándonos por otro derrotero.

Es saludable, es conveniente detenerse a veces y volver la vista atrás para refrescar los recuerdos de aquellas obras que llamaron nuestra atención y la huella que dejaron en nuestro espíritu, provocando un entusiasmo que creímos imperecedero. Transcurre el tiempo, infalible clasificador de valores, volvemos a contemplar las obras admiradas y, en la mayoría de los casos, sentimos con el desplome de nuestros entusiasmos el rubor de haber elogiado hasta con calor agresivo *aquello* que ha desaparecido *sin dejar rastro*.

Conocido este fenómeno, cuya repetición abruma, ¿se puede arriesgar un juicio razonado y sincero que no sea transitorio y no vaya acompañado del temor a la rectificación? ¿Con qué fe podríamos aventurar una afirmación, si pronto renegáramos de ella? Y de este imperativo, que



EDUARDO SÍVORI. «JEUNESSE».

ANUAL D'ARTE

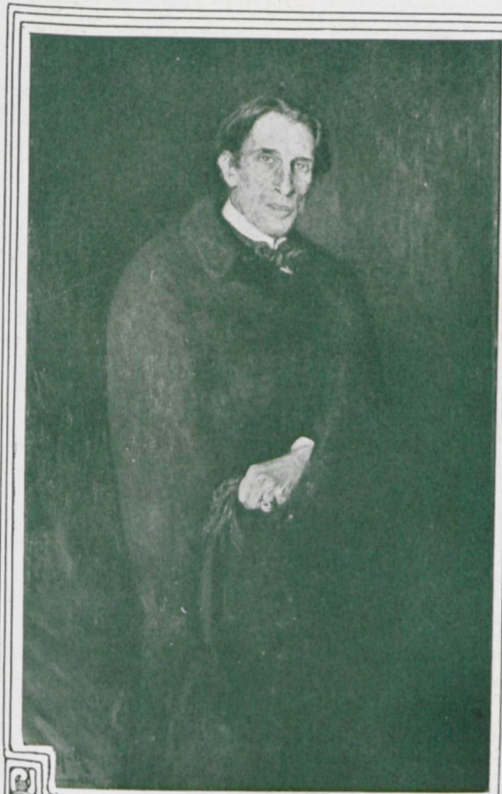


seguramente seguirá repitiéndose por los siglos de los siglos, no pueden sustraerse ni los artistas, ni los críticos, ni el público.

Quisiéramos tener—a qué ocultarlo—los conocimientos que conducen a esa valentía de opinar que envidiamos en algunos, que así, sin más ni más, axiomáticamente, de una manera rotunda y categórica, llegan sin vacilar a las afirmaciones definitivas. Ante ellos nos inclinamos temerosos, humildemente, reverentemente y apenas si nos atrevemos a murmurar una opinión, avergonzados de no haber pasado todavía el período de la duda.

Ahí están los ejemplos bien a mano; repásense las opiniones vertidas, cotéjense y diga el más optimista qué saca en substancia de todo ello. No hay, pues, porque tomar tan en serio estas cosas.

Involuntariamente, casi todos los artistas—por no decir todos—piensan, mientras realizan su obra, en el efecto o juicio que ha de causar a tal o cual crítico, a cierto y determinado grupo de compañeros o aficionados más o menos entendidos. Esta preocupación, compañera inseparable de la obra, es a fin de cuentas una concesión que se hace a sus expensas, restándole espontaneidad,



RICHARD HALL. «RETRATO DEL DOCTOR A. ALLENDE».



EMILIA BERTOLÉ. «AYER».



JOSÉ FIORAVANTI.

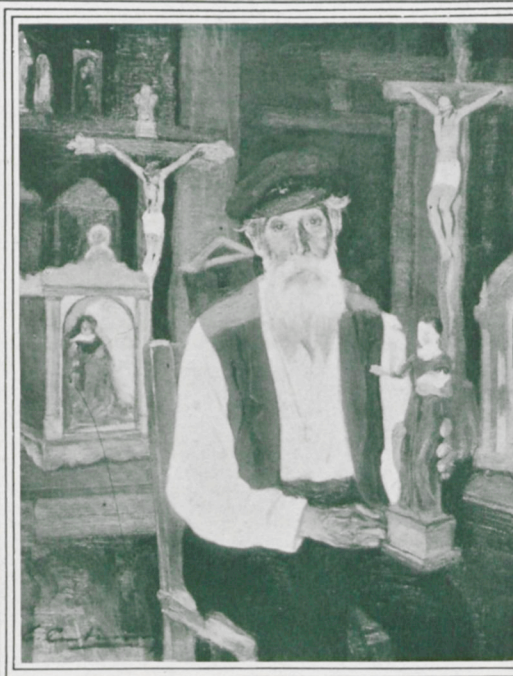
«EL RUBIO».



JORGE SOTO ACEBAL. «LA JAQUETTE BRIQUE».



MIGUEL PETRONE. «TATA TINTILAY».



EMILIO A. CENTURIÓN. «ANTENOR EL SANTERO».



V. THIBÓN DE LIBIÁN. «PRESENTACIÓN».

mermandole cualidades, porque se interpone, interrumpiendo de modo sensible su libre y espontánea realización. Y no hay temor de confirmar esta afirmación con los mismos artistas, que mejor que nadie podrán decir si esto es cierto.

Por fortuna, existe tal independencia de opiniones, y éstas se van haciendo tan personales y arbitrarias, que rara vez hay coincidencia; el artista, por esto mismo, se desorienta, y llegando finalmente al convencimiento de que no puede sacar ningún provecho del caos en que se le sumerge, opta por seguir la inspiración interior — que desviaron las causas extrañas apuntadas — y que nunca debió abandonar.

En este sentido creemos firmemente que la crítica es muy provechosa, pues el día, no lejano, en que el artista se convenza de que, por extraña paradoja, aquélla no sirve para nada, perderá una preocupación perjudicial y se entregará más libremente y por entero a realizar su obra, que ganará seguramente por agregar a ella lo que ahora pierde en incertidumbres estériles. Y es posible que este sea, repetimos, el único beneficio positivo que se saque de la crítica.

Quizá sea una pedante vulgaridad afirmarlo, pero es así: el único crítico infalible es el tiempo, y a su acción depuradora hay que someterse de grado o por fuerza. El ha sumergido en la sombra obras que llegaron a deslumbrarnos, y ha destacado las pocas que lograron surgir a su



FRANCISCO VILLAR. «EL AMIGO».

acción revivificadora. Así, pues, no hay que impacientarse, que el único juicio inapelable no está en las críticas aisladas y contradictorias que por ahí andan.

Hace poco tiempo, el enorme Zuloaga, hablando con un amigo de estas cosas, le decía: — «Estoy desorientado, y cada día que pasa aumenta mi incompreensión en materia de arte; aquello que me gustaba hace dos años, ahora me es indiferente o lo encuentro detestable; y no veo la razón de que este hecho no siga repitiéndose».

Soplan vientos de fronda, de independencia, de rebeldía, y esta incontenible libertad se traduce en innumerables exposiciones que se suceden con abrumadora frecuencia. Los artistas, cuya producción aumenta de un modo vertiginoso, se disputan los locales, esperando impacientes los turnos; los críticos no dan paz a la pluma; el público, desorientado, no puede acudir a las seis o siete exposiciones que se celebran simultáneamente. ¿Cuántas obras se habrán expuesto? ¿Cuántas se salvarán del inevitable olvido? Nos guardaremos muy bien de aventurar opiniones que en los demás no admitimos; y ya que el tiempo se encarga de juzgarlas en definitiva, dejémosle también que cargue con la responsabilidad de sus apreciaciones.

Y feliz él, que se le acata sin levantar odios ni protestas.

JULIO H. URIEN.



MAGDALENA BOSSICH. «CHOSPITA».



JUAN PELÁEZ. «SOBRE LA LOMA».



CLAUDIO L. SEMPÈRE. «COMPAÑEROS DE BANCO».





PROPIEDAD DEL SEÑOR VICENTE LEBERATTO.

AL SOL

ÓLEO DE FERNANDO FADER.



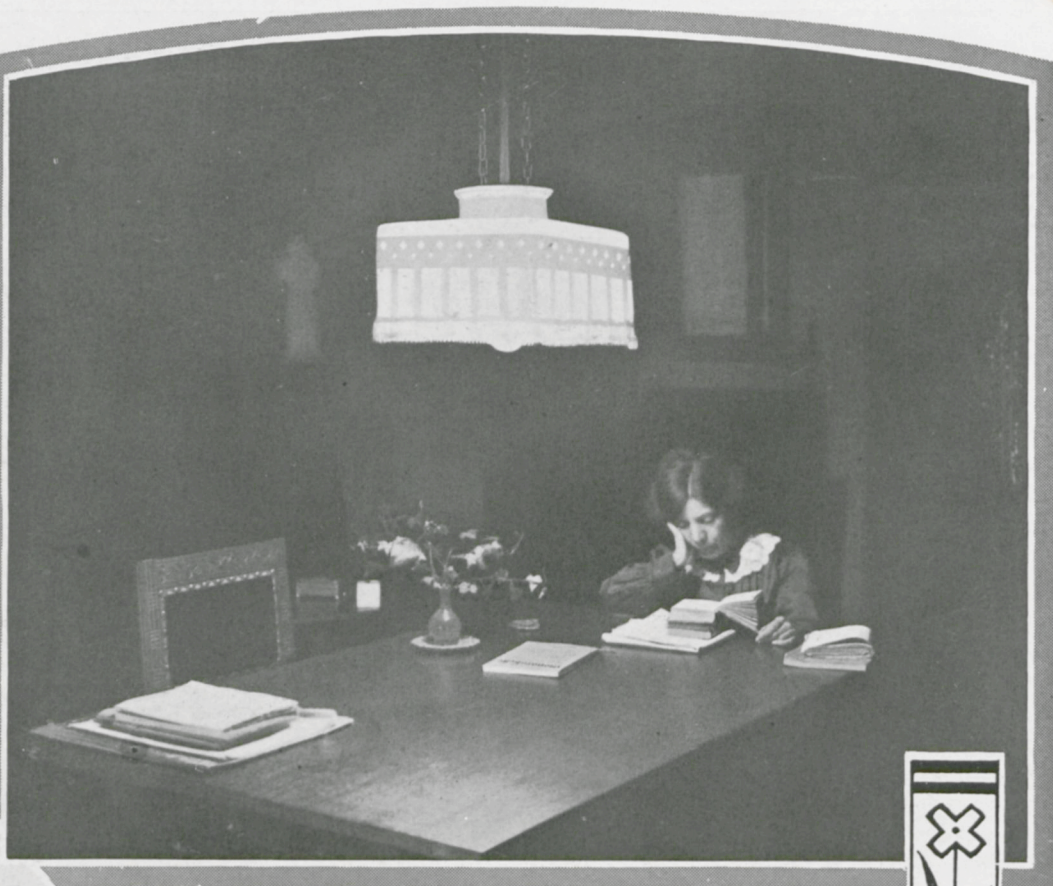


Plus Ultra
en Italia

La mujer sarda

No existe un tipo determinado de mujer sarda. En esta isla característica, a pocos kilómetros de distancia, son diversas la vida, las costumbres, las pasiones y la hermosura de las mujeres y del paisaje.

En general, la mujer sarda tiene algo de oriental que atrae y encanta: pequeña estatura, rostro menudo, color aceitunado, ojos grandes, negrismos y vivaces. Es tímida pero apasionada; ama el valor temerario: cuanto más bravo sea el no-



LA NOVELISTA SARDA GRACIA DELEDDA, ENTREGADA
A LA LECTURA EN SU GABINETE DE TRABAJO.



UNA ALDEANA DE CASTEL-SARDO.

vio, mayor devoción le tendrá. Y es fiel: si jura amor mantiene su juramento; pero ¡ay de quién la traicione! Si el prometido o el esposo falta a la lealtad ofrecida, todo aquel amor se convierte en odio. Así, en tiempos pasados, por una ofensa inferida a una mujer, las familias se perseguían durante años y años. Ninguna «vendetta», ni aún la vecina «vendetta» corsa, era tan cruel e implacable.

Varias y curiosísimas, pero igualmente pintorescas, son las ceremonias de noviazgos y esponsales, distinguiéndose en toda la isla por la brillantez de las fiestas: danzas al aire libre, cabalgatas fantásticas, banquetes a lo Camacho.

Distínguese la mujer sarda por el buen gusto de sus vestidos, generalmente ricos, de vivaces y armoniosos colores. También



LA MANTILLA DE GALA.

los atavíos femeniles varían según las localidades. Polleras amplias, diversamente guarnecidas; camisolos de amplias y largas mangas; abigarrados pañuelos de cabeza; blancos velos llenos de pliegues que una cadenita de plata ajusta bajo el mentón. Los colores «nacionales» de la moda sarda son el rosa y el azul. Hay profusión de dorados botones, joyeles argentinos, etcétera. Para las fiestas solemnes, se reservan los vestidos de brocado y las mantillas, vestidos que se transmiten fielmente de generación en generación como documentos de antigüedad y de riqueza familiares. En Quarto S. Elena, las aldeanas se atavian con mantos bordados de oro, durante los días solemnes. Allí se conserva como una reliquia el riquísimo traje que la reina Margarita vistió para un baile en el Quirinal, valioso producto de la industria sarda, lleno de joyas y raros dibujos.

El vestuario es tal vez la principal ocupación de la mujer sarda. Desde la primera comunión hasta la víspera de sus bodas, pobres y ricos confeccionan el ajuar, que constituye su dote. En aquellos vestidos recamados, el oro

y la plata se mezclan copiosamente por las mangas, el corpiño, la mantellina y la pollera. Y las diminutas mujercitas sardas tienen, sin embargo, tiempo sobrado para jugar su papel de hijas y esposas amantes. Los bravos sardos de la ya legendaria brigada Sassari luchan en el frente, mientras ellas trabajan en las obras de asistencia alejército y a los heridos.

Cuando vuelvan los heroicos sardos se reanudarán aquellas pintorescas cabalgatas en que el hombre con la mujer a la grupa recorre kilómetros y kilómetros aun por calles de difícil tránsito. Ella, sentada de través, rodea con el brazo derecho la cintura del jinete, sin casi tocarle, graciosa, honesta y elegantemente.

Me contaron el gentil episodio de una aldeana. Su hijo, que regresó ciego de la guerra, lamentaba lo angustioso de su porvenir. «No importa, — dijo la madre —; contigo entró en la casa luz de gloria, que nos iluminará y será nuestra alegría.»

De este modo son las mujeres que el lector conoce por los sentidos relatos de la notable novelista Grazia Deledda.

RAFAEL SIMBOLI.
Roma, agosto, 1918.



MUJERES JUNTO AL HORNO.



UNA BODA EN OLIEÑA.



EL TRADICIONAL BAILE SARDO.



LA VIRGEN Y EL NIÑO

ÓLEO DE SASSO FERRATO

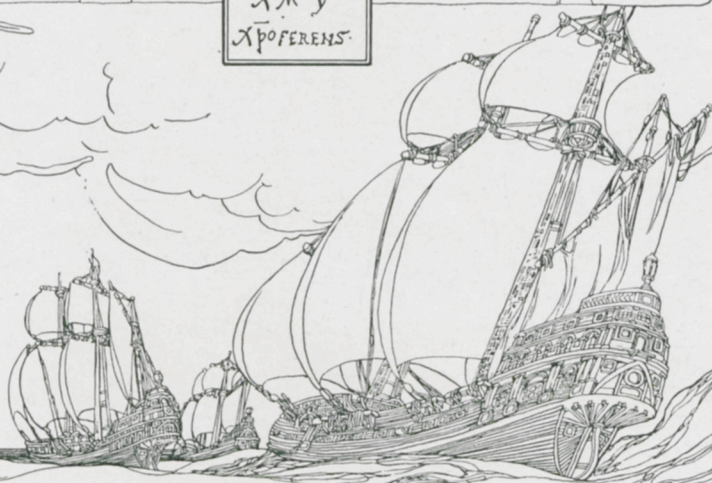
ESTA CURIOSÍSIMA TELA, PRESENTA TODAS LAS CARACTERÍSTICAS DE LAS OBRAS DE JUAN BAPTISTA SALVI, MÁS CONOCIDO CON EL NOMBRE DE *EL SASSO FERRATO*, PINTOR ITALIANO DEL 1600. POR SU ESTILO RECUERDA OTRAS DEL MISMO ASUNTO Y DEL MISMO AUTOR, QUE SE CONSERVAN EN EL MUSEO CÍVICO DE TURÍN Y EN EL MUSEO DEL PRADO DE MADRID; PERTENECIÓ A M. DE SOULANET, CAPITÁN DE GUARDIAS DE LUIS XVI, Y TATARABUELO DEL DOCTOR JUAN ANTONIO BOURDIEU, SU ACTUAL PROPIETARIO, Y FUÉ TRAÍDA AL PAÍS POR EL ABUELO DE ÉSTE, CAPITÁN DE LA MARINA FRANCESA, QUE VINO CON LA EXPEDICIÓN DEL ALMIRANTE MAKAU EN 1842

EL DÍA DE

LA RAZA



S. A. S.
X. M. Y.
XPOFERENS.



A pesar de los muchos obstáculos que una situación anormal opuso, la Fiesta de la Raza se celebró solemnemente en todos los pueblos de habla ibérica. Trátase de un homenaje, que perdurará en la memoria y en los corazones de la estirpe.

Un día de reposo alegre, no es bastante, sin embargo, para festejar las trabajosas y tristes jornadas del Descubrimiento. Hace falta algo más, que no estriba en festejos públicos. Es preciso agrandar los límites de la fecha gloriosa.

Aquellos héroes de la sublime hazaña trabajaron en beneficio de todo el mundo. Sus ambiciones particulares, sus sueños de riqueza, han sido agrandados hasta convertirse en realidades universales. Un impulso genial, sobrehumano, las encaminó por ocultos derroteros; obedecían un mandato providencial.

Cristóbal Colón, el misterioso aunador de voluntades heroicas, supo hallar en el imperio naciente de España las fuerzas precisas para la empresa. Y luego, la sed de conquistas inherente a todas las naciones poderosas, lanzó sobre las huellas de los descubridores a los soldados. Hubo sangre en la epopeya, como en todas las epopeyas, y todo se ganó y todo fué redimido. El grito de «tierra», convirtiéndose en el de «libertad».

Pero la palabra libertad no es la última que los hombres libertados deben decir. Por el contrario, dispone el corazón y la garganta para otros gritos nobles. Paz, fraternidad, esas son las voces que toda fiesta humana ha de inspirarnos.

Si ese día de alegre reposo no sirve para rehacer las fuerzas buenas del hombre, nunca será digno de conmemorar la gloria de Colón. El Día de la Raza es una fecha de buenos recuerdos, porque el 12 de octubre de 1492

fué realizada la unidad geográfica de un mundo llamado a unirse frater-nalmente.

Cuando pasa el ángel.

Por
Manuel
Arnar.



Yo digo, lectora, que la tenue luz de la tarde nos ha sorprendido al vidrio de ese ancho balcón. Allí, sobre el misterio del jardín, junto al vidrio cerrado, hemos conversado de todo tú y yo y esa buena señora que nos ha ido contando cosas amables de un tiempo pretérito. Hasta que, al fin, la tarde ha comenzado a desvanecerse en tonalidades de ópalo y el rumor de la calle a perderse en el olvido de un creciente desgano. Era que habíamos llegado a la hora indecisa, a la hora del Ángelus, a esa hora en que es necesario decir: «El ángel del Señor...»

En esa hora que yo quiero evocar, las almas desmayan ante el milagro de una dulce emoción. Diríase que en esos momentos la verdad se abre paso... Como flor de crepúsculo, la confianza brota en los corazones. Y así pasa que, en medio de la mayor animación, como si todas las almas fueran a coincidir en un solo anhelo, en una misma estrella o en un solo miedo, se hace siempre un hondo, un dulce, un emocionado silencio.

¿No te has fijado, lectora, en ese desfallecimiento inefable que nos gana de pronto; en esa prolongación de silencio en que se espiritualiza el

discurso; en esa dulcedumbre en que se sienten las almas allá cuando desmaya la tarde? Ese milagro es el que yo quiero evocar ahora, y ese el que yo quiero que tú hayas sentido. Y tal quiero porque imagino que la vida tendría menos poesía sin la divinidad de esa hora, y que tú serías una mujercita menos encantadora si no fueras capaz de rendirte a la belleza de tan desfalleciente emoción.

Pensemos ahora que a la luz de la tarde, muy cerca de ese ancho balcón, hemos conversado y hemos oído también a esa buena señora de quien sonreímos un poco. Nada es tan dulce como conversar fraternalmente. De todo ha podido hablarse: de las cosas de sociedad, del teatro, de las cartas de Europa... Hasta que, al cabo, indeliberadamente, necesariamente, fatalmente, hemos hecho un silencio, un hondo, un inefable, un emocionado silencio que ha tenido la virtud de hacer temblar una lágrima.

Ese milagro ha sido la sugestión de un momento. Hecho con un desfallecimiento de la voluntad, ha sido toda una afirmación de poesía y de verdad. En tanto que los labios callaban, las almas ele-

vábanse temblorosas... Nada de lo dicho en el discurso anterior ha valido para nuestra dicha lo que la sinceridad de ese invencible silencio. Ha sido, sí, un silencio ungido con la pureza del nardo y con esa rara pena que nos produce una mujer muy bella o un astro perdido en la eternidad de la noche.

Después:

— ¡Qué silencio! — has dicho. — Es un ángel que pasa. Dicen que cuando pasa un ángel...

En la obscuridad de la sala ha dicho algo el suave fru-fru de unas sedas. Ha sonado también el metal de una llave, y, a la vez, ha brotado la luz en vivos raudales. «Buenas noches» — ha dicho alguien. — Y tú has repetido: «Buenas noches»... Pero no así como así, sino bajando los ojos, como al regreso de una dulce emoción... Y no ha habido más. La luz ha desvanecido el encanto, ha asustado al ángel, ha puesto término a la hora sincera que ha aparecido en un espacio de sombras, como para que viéramos mejor la verdad y la sintiéramos en su infinita pureza.

A través del CHACO



La
expedición
Anchorena



La extensa región que limita el norte argentino con las fronteras de Bolivia y el Paraguay, está formada en su mayor parte por una zona pintoresca donde el río Pilcomayo se desborda en grandes lagunas, a cuyo alrededor viven algunas tribus importantes de indios alzados, que conservan aún, por su aspecto rudo y salvaje, la modalidad y las costumbres de los primitivos pobladores de América.

Este rincón de la República, cubierto de espesos bosques y llanuras ilimitadas, ha sido visitado en fecha reciente por D. Aarón de Anchorena, D. Justo del Carril y otras distinguidas personas de Buenos Aires, que en interesante excursión cinegética se internaron en pleno Chaco, junto con una tropa de línea facilitada por el general Oliveira César, jefe de la zona militar.

Desde el poblado de Formosa, donde recibieron las más cumplidas atenciones por parte de las autoridades, principalmente del Gobernador del territorio, los atrevidos excursionistas se trasladaron en ferrocarril hasta la estación Fontana, lugar en el que se ultimaron los preparativos indispensables para iniciar la travesía. De allí partieron en mulas y caballos con di-



LA EXPEDICIÓN ATRAVESANDO UNA PICADA.

Entre las intrincadas malezas del bosque, cruza a veces el aguará, especie de hiena o lobo, que busca presas imaginarias en los campamentos indígenas; también tienen allí su guarida el oso hormiguero, el quirquincho de vida subterránea, el ciervo, el ante, el jabalí de afilados colmillos y el tigre elástico y avieso.

Bajo la fronda, de perenne verdor, se esconden las alimañas venenosas, los reptiles, las arañas aterciopeladas, las grandes serpientes, con su cabeza en forma de corazón, enroscadas a los gruesos troncos milenarios; y deslizándose por el suelo esmeralda, las temibles víboras de cascabel y la del coral anillada y violenta, y aquella otra negra y amarilla, y la yarará, que, como todas las nombradas, siembra la muerte con su punzante picadura.

El bosque da una sensación de solemnidad; árboles gigantescos, extienden sus ramas tentaculares por encima de las malezas, poniendo sombras en el laberinto impenetrable.

Engalanados de madreselvas, de jazmines y de hiedras silvestres, crecen los huayacanes, el flandipá, las alisas, el precioso iba-poó, color violeta obscuro, el suiñandí de propiedades medicinales, y el yapitá, de fronda esférica



LLEGADA A LA TOLDERÍA DE GARCETE.

rección al norte, y dejando atrás la colonia rusa de Ubite, último punto habitado por blancos, se encaminaron al fortín Pegaldá y de éste al Yunká, regresando por la picada de diez y ocho leguas que se abre entre el fortín Chaves, en la frontera de Bolivia y el kilómetro 286 del ferrocarril a Embarcación, sin terminar aún, después de haber recorrido a caballo una distancia de ciento sesenta leguas, aproximadamente.

Las aficiones cinegéticas del señor Anchorena, vinculado por su nacimiento a una de las más ilustres y antiguas familias porteñas, le decidieron a emprender, en años anteriores, largas jiras a través de los más lejanos y contradictorios países: el centro de Africa, el Japón, California, las estepas siberianas y las regiones de la Tierra del Fuego, han sido ya escenario de sus audaces cacerías, sin que nunca se le haya visto retroceder ante las vicisitudes y peligros inevitables en excursiones de esta naturaleza.

Durante los cuarenta días que ha durado la expedición por el territorio de Formosa, los excursionistas tuvieron ocasión de admirar el maravilloso espectáculo de aquella naturaleza sorprendente, donde el terreno se cierra en una inmensa extensión de selvas vírgenes y grandes esteros pantanosos, refugio de los más feroces y extraños animales.



D. AARÓN DE ANCHORENA CON EL CACIQUE GARCETE Y ALGUNOS NOTABLES DE LA TRIBU.

y de hojas gruesas y ásperas. Entre los follajes del inerme alecrin, liso y sedoso, cuelgan su nido las aves de pecho tornasolado y plumaje de carmín y de púrpura. Junto a este árbol de madera vidriosa, álzanse los robles, el lapacho de entonación rosácea, el jacarandá y el elegante «sangre de drago», bello como ninguno por el colorido de sus hojas, que de verde se transforma en rojo azarcón.

Luego vienen los quebrachales profundos, cerrando el horizonte sin límites; y más allá los palmares altísimos y los esteros desnudos de vegetación, de color jalde; y los pantanos de aguas muertas, y los ríos que se dividen en mil cauces, formando islotes solitarios donde el pájaro azul entona su canto augural.

Por las inmediaciones del estero Patiño, principalmente en la zona denominada «lagunas de concentración», tienen sus tolderías los indios pilagás, tal vez los más salvajes de cuantos quedan en el suelo de la República.

Acompañados por el gaucho Bailón Benítez, gran conocedor del terreno, los excursionistas lograron entrevistarse con el célebre cacique Garcete, autor del asesinato del explorador vasco Ibarreta. Cerca del campamento existen aún vestigios de la cruz de palma, puesta por los expedicionarios que fueron en busca de sus restos.

Los pilagás, en número de cuatro o cinco



EN LA TOLDERÍA DE LOS INDIOS PILAGÁS.



mil, rinden vasallaje a Garcete, demostrándole admiración y teniéndolo por único jefe de la tribu.

Las costumbres de estos antiguos pobladores del Chaco, son extraordinariamente curiosas, viviendo casi exclusivamente de la caza y la pesca, pues ni siquiera cuentan con ganados ni van a trabajar a los ingenios y obrajes de las provincias limítrofes, como hacen los tobas y maticos, establecidos en la parte del sur.

Cuando consiguen poseer un arma de fuego, puede decirse que han logrado sus mayores aspiraciones, conociendo la superioridad de este importante elemento de lucha sobre sus primitivos medios de combate.

Para preservarse de las enfermedades que los diezman, encienden hogueras en el centro de las tolderías, y danzan a su alrededor mientras entonan extrañas preces a la luna.

El indio no conoce los celos. Mira a los hijos con indiferencia, y considera a la mujer como una propiedad transitoria y sin importancia.

Aficionado al alcohol, se suele emborrachar con aloja, fuerte bebida que hace con miel de abejas, lechiguanas y avispa de todo género.

Si descubre un garzal en el bosque, da conocimiento al cacique, quien le hace valer sus derechos ante los demás indios de la tribu. Este importante hallazgo es considerado como la mayor felicidad, pues les permite comprar municiones y armas con el producto de los ricos plumajes, que son vendidos por el experto lenguaraz en las poblaciones cercanas.

Sus rudimentarias industrias se reducen a la fabricación de tejidos, que les sirven para cubrirse, reuniendo también gran cantidad de piedras y pequeños huesos calcinados, con los cuales hacen collares y adornos de distintas formas.

Cuando salen a cazar, se cubren de yuyos silvestres, a fin de no ser descubiertos. Ocultos entre la espesura del bosque, buscan horas y horas, hasta descubrir a lo lejos algún pájaro de la región; si no está al alcance de su certera puntería, avanzan sigilosamente, parándose al menor movimiento de la probable presa, y no tiran nunca contra ella hasta no tener la seguridad de alcanzarla.

Para la pesca emplean también procedimientos originales. Cuando las crecientes del Pilcomayo



PREPARANDO LA COMIDA DE COGOLLOS DE PALMA.



INDIOS PILAGÁS, CELEBRANDO LA CEREMONIA RELIGIOSA DEL FUEGO



UN HERMOSO EJEMPLAR DE TIGRE CHAQUEÑO,
CAZADO EN EL INTERIOR DE LA SELVA.



LA TUMBA DE UN CACIQUE.

inundan los esteros de la región, buscan aquellos lugares donde las aguas tienen poca profundidad, estrechando el cauce con pequeñas redes de caña hábilmente distribuidas; entonces esperan pacientemente hasta que sube algún pescado a la superficie, y en ese momento le disparan sus flechas, atravesándolo de parte a parte.

Las tolderías o viviendas, construidas con ramajes secos y estacas de madera dura, forman una especie de poblado, donde viven reunidos como en una sola familia. Todos los bienes que poseen son comunes, y tanto los alimentos como

los vestidos, se distribuyen de acuerdo con las necesidades de cada cual.

El atávico odio que sienten hacia el blanco y sus costumbres esencialmente guerreras, hacen que el pilagá viva en constante inquietud, sin que pueda ser sometido por las fuerzas militares de los fortines. Pero apesar de la amenazadora actitud que presentan en sus frecuentes algaradas, todavía más peligrosas que ellos, son las tribus nómadas que se ocultan en los límites de Bolivia y el Paraguay, principalmente en la parte sometida a litigio, ubicación que les favo-



YUYUYÚ CUARTELERO, REY DE LAS AVES DEL CHACO.





CAMPAMENTO DE LOS EXCURSIONISTAS EN EL ESTERO PATIÑO.

rece muchísimo para escapar a las persecuciones de la tropa; así consiguen librarse con frecuencia de ser castigados en la forma que sería justa, no tanto por los perjuicios que ocasionan en sus brutales correrías, como por la crueldad y fiereza de los ataques. En la extensión comprendida entre el río Pilcomayo y el ferrocarril que une a Formosa con Embarcación, o sea en las diez y ocho leguas de norte a sur, que tiene la quebrada recién abierta en el centro del bosque, los indígenas viven también constantemente alzados, manteniendo la mayor desconfianza entre los pocos pobladores que se aventuran por tan peligrosos lugares. De todo ello resulta que esa pintoresca región, expuesta siempre a los más bárbaros atropellos, hállese casi completamente despoblada.

Una campaña eficaz, que permitiese la colonización de tan excelente zona de cultivo, es obra que debiera ser estudiada por



ATRAVESANDO LOS PALMARES, CAMINO DEL FORTÍN YUNKÁ.

el gobierno, teniendo en cuenta las condiciones naturales de aquellas comarcas abandonadas. Ante todo sería necesaria la creación de nuevos fortines y la rectificación de los que existen en la actualidad, aumentando las guarniciones de gendarmería fronteriza, por ser insuficiente el cuerpo de doscientos hombres montados que ahora hacen el servicio de guardia; esa sería sin duda una medida favorable para conseguir la colonización, obra que bien pudiera completarse concediendo terrenos a los indios, los cuales aunque miran con desconfianza toda intromisión en los terrenos donde ellos viven, al cabo terminarían por tranquilizarse, llegando a conocer los beneficios del progreso y contribuyendo con su trabajo a conquistar para el país una nueva y provechosa fuente de riqueza.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



INDIOS TOBAS EN VIAJE.

PEPITA Poema ingenio *Por* EDUARDO DEL SAZ

SU DULCE NOMBRE. Tres cuentas de vidrio que saltan incesantemente en un vaso de cristal melodioso: Pe... pi... ta.

Dícese que el ratón trina a veces como un pajarillo. Así, el común diminutivo adquiere magia musical: Pe... pi... ta.

La ronca voz de aquel padre se endulza a tono de bordona: Pe... pi... ta.

Así, las puertas enmohecidas suelen producir notas suaves: Pe... pi... ta.

Ningún instrumento imitará el apasionado timbre de la voz materna: Pe... pi... ta.

Palabra angular, palabra clave de un reducido léxico amoroso, no cabría en una enciclopedia: Pe... pi... ta.

Todos los verbos de la pasión y de la resistencia, todos los adjetivos del elogio, todos los nombres de la gracia, de la bondad, de la hermosura se funden y arden, elevándose en tres perfumadas columnas de humo: Pe... pi... ta.

Y son tres acompasados gritos que animan el trabajo, tres suspiros de reposo, tres vitores a la vida: Pe... pi... ta.

Y son tres ayes llenos de dolor cuando la Muerte quiere cubrir su descarnada faz con la redonda carita de la nena: Pe... pi... ta.

AMARGURA Y ENGAÑO.

Pepita es ya un lucero caído de la Vía Láctea. Su primera amargura la hizo descender de las celestes bóvedas donde los ángeles se aclimatan a la vida terrenal.

La cándida luz de aquellos cielos jugosos se llamaba «tete». Ahora, lejos del perdido paraíso, aprendió Pepita a despreciar lo que amó con mayores ansias.

Ya el «tete» no es para Pepita pipa de opio aletargadora, fuente de visiones angelicales que la hacían sonreír en sueños; ya muere.

Un poco de nauseabundo acíbar convirtió en amargura tanto dulzor.

Pepita estuvo graciosa y digna hasta en aquel trance inesperado: unas muecas de profundo asco ensombrecieron la lúcida carita, y, sin llorar, heroicamente, supo transigir con el plato de papillas que parecía una laguna en cuyas inmóviles aguas se reflejaba la luz del cielo lejano y prohibido.

¡Qué padres! ¿Pues no se rien gozando con el bautismo de engañoso amargor de su Pepita?

¡LEVÁNTATE Y ANDA!

Apuntalado en un ángulo de la sala, el cuerpecillo de Pepita se endereza penosamente. En lugar de dos brazos, dos paredes que no rodean con cariño, dos frías paredes que ni aún la abrazan con la grotesca y rígida indiferencia del oso de paño.

Los papás aguardan con los brazos tendidos el primer traspies de la nena.

Ya rompe Pepita la ataxia original. Un pasito oscilante, otro y luego una carrerita y una caída entre las manos maternas.

Vuelta a reanudar el juego de la locomoción. Y cada vez que la muñeca viviente vacila, en el extremo de la columna vertebral padecen los padres esa sensación angustiosa que producen las caídas en el vacío y la atracción del abismo.

Pepita anda con pasos de convaleciente. Ya sabe decir «pupa» en plena salud.

EL DOLOR DEL LÁTIPO.

Un «knot» que sufre, un rebenque sensible, es la mano del padre cuando azota.

Pero el orden, la disciplinante disciplina, así lo exigen, nena. El pan y el palo son el escudo y la espada de los ordenadores. Mientras tus ataques vayan al pan o a la golosina, encontrarás la nerviosa advertencia del orden.

Tú lloras mucho, Pepita; lloras como una mujer, casi siempre sin lágrimas. Eres una niña prodigio del llanto. Sabes exigir, amenazar con esos gimoteos que duran poco, que te ponen roja y fea.

La gimnasia del llanto resulta el mejor «entrenamiento» para la vida. Cuando sepas llorar en silencio, cuando tus lágrimas resbalen dulces sobre tu rostro entristecidamente bello, podrás exigir y amenazar.

Adivina el humor de los que te quieren bien, que el de tus enemigos, Pepita, ya lo conoces.

Yo te juro que papá no es el hombre de la bolsa ni el «coco».

HABLA. Existe un nuevo encanto en el mundo: el juego filológico de Pepita. Palabras incompletas, breves, pimpollos de palabras. Cada boca de niño es una primavera del idioma. Allí y no por debajo del bigote de los oradores

surge la corriente vivificadora del lenguaje vulgar y del estilo literario.

La fantasía infantil está libre de cálculo y premeditación, pues no necesita de ellos. Todas las cosas que de mayor imagine, si la nena resulta literata, serán sólo flores mustias de aquel jardín primaveral.

El otro día jugaba sobre las rodillas de un amigo gigantesco. Tomóle las manos, dos manos enormes, y, después de contemplarlas, le preguntó: «¿No te pesan?»

Hace poco vió en un cine una bailarina. «Tenía un vestido así», dice, y parpadeando con sus vivos ojitos imita el parpadeo de las lentejuelas.

En aquel cerebro vive la originalidad y la gracia tan rebuscadas por los hombres. ¡Quién pudiera leer en la florida imaginación de Pepita!

ITA. La nena no gusta de su dulce nombre; le parece demasiado vulgarote. Y de la esencia del diminuto se hace un seudónimo: Ita.

Hay numerosas Pepitas en el globo; esto no resulta aristocrático; Ita suena mejor.

I... ta, I... ta también es un trino melódico, dos notas «ruiseñorales».

Como la voluntad de aquella casa es semejante a la llave diminuta y firme de una caja de hierro, la familia aprende a gemir, cantar y gritar el dulcísimo nombre de Ita.

Esta auto-confirmación durará mientras Pepita aliente. Ita ha de ser durante los lánguidos días de la edad del pavo; Ita ha de ser antes de los quince, en los quince y después de los quince. Y el diminutivo predilecto tendrá eco en los labios del novio y más allá de la muerte.

IDILIO. Las mamáshablan; Ita y Pepito juegan. Viéronse aquel día por primera vez y sus almas fraternizaron como sus nombres.

Los tocayitos, cansados de jugar con las cosas, juegan con ellos mismos.

Y de pronto las mamás sorprenden a los chiquilines acariciándose.

Pepita y Pepito se aman con amor ultra inocente, profético.

Es un cuadro idílico que conmueve y hace pensar. Nunca, tal vez, pondrá Pepito tanta unción en sus besos ni Ita abrazará con tanta energía.

Y las madres miran risueñas y enternecidas, con una chispa de picardía en los ojos, aquel fenómeno inesperado.

«Tráigala el domingo para que disfruten» — exclama la mamá de Pepito al despedir a la mamá de Ita.

PORVENIR. El enorme porvenir se confunde con la pequeña Ita, dentro de la mente cavilosa del padre.

¿Cómo será esta generación nacida al lado del incendio, en un trance supremo? Nuestras angustias y la común zozobra, ¿qué virus infiltrarán en esos nervios?

Y cuando Ita llegue a mujer, ¿serán tan mujeres las mujeres, tan esclavas, tan frágiles?

Una ráfaga de optimismo despeja el nuboso horizonte.

Y el padre de Ita, se sumerge plácidamente en el ensueño. Ya no sueña por cuenta propia; toda esperanza ególatra, toda la literatura íntima en la que él ha sido héroe, millonario y genio llegó al final.

Ahora, la heroína, la potentada, la feliz, la inmortal de los ensueños locos y secretos, es Ita, Pepita.

GOUACHE DE ÁLVAREZ.





El secreto de la Felicidad

Irish
Orielensis
Delineavit

El gran califa de Córdoba al cabo de larguísimo y próspero reinado, después de ver como bajo su mano paternalmente generosa y sabia florecían las ciencias, las letras y las armas, tras de haber amado mucho y haber sido adorado como un Dios, recordaba su vida, su vida tan espléndida, tan luminosa, tan llena de horas triunfales, y el recuerdo le hacía exclamar melancólicamente:

¡Sólo catorce veces durante mi reinado se ha puesto el sol viéndome feliz!

Va otro gran rey, más poderoso y enbuelto en magnificencias que el califa de Córdoba, había coincidido con él en la misma aflicción al sintetizar en la amargura del vanidad de vanidades, todo el dolor de la vida que creyéndose sin objeto, está siempre insatisfecha. ¡Cuántos más! Llenas están las historias de casos semejantes: monarcas enfermos de melancolía, cuando todo les brinda placeres, millonarios que pasean su tedio entre las invitaciones a la alegría, sabios que tras de mucho investigar y mucho conocer, se ven tan tristes como el viejo Fausto... Es la doliente caravana de los vencidos, siendo los más fuertes. No son los vencidos, son sencillamente los equivocados. Reyes que tomaron un camino que no llevaba al Belén de la felicidad. Les cegó el resplandor de la estrella. Quisieron alas para alcanzarla, ignorando que la felicidad no estaba entre los astros, sino a ras del suelo.

Fueron hacia la felicidad por sendas de fortuna, poder o sabiduría, que no conducen a ella. Porque los caminos de la felicidad están en la santa ceguera de un sentimiento exaltado hasta ser llama o

en la austeridad de la renunciación a todo, hasta al deseo de ser feliz.

Podríamos ver, pues, la doble caravana: de un lado, bajo las coronas de oro y pedrería la duda que muerde los cerebros y bajo los arminios y púrpuras los corazones gimientes; del otro, cantan las almas tras de la carne llagada o macerada y las bocas que no supieron nunca de besos, sonríen contentas. Kempis con dura cruz al hombro es más feliz que el rey con su cetro. Algo de grande y penetrante debe haber en esta verdad, algún extraordinario placer debe proporcionar, cuando tantos poderosos han abandonado la pompa para hundirse en un claustro! ¿No recordamos al magnífico Carlos en el retiro de Buste?

Es bien conocido todo esto de que la experiencia diaria ofrece abundantes ejemplos; pero nos ocurre preguntarnos si estas ideas, si esas crueles torturas que a veces acompañan a lo que debía hacer la felicidad, son naturales al hombre o si son producto de los sentimientos que se levantan de este lado de la cruz. ¿Un griego se hubiera sentido infeliz teniendo salud, amores y buena casa? Y sin embargo Salomón no es cristiano... Pero es judío. Además no podemos compararnos con los hombres de los antiguos tiempos: los problemas espirituales, las nostalgias indefinidas, las ansias que no encuentran satisfacción, eran entonces, para la mayoría, nada más que simple cuestión religiosa; pero hoy las siente igual — que en todas partes bullen — hasta el más alejado de los credos positivos, el enorme grito imás allá! resuena en todas las conciencias. De aquí los insatisfechos, los cansados de vivir sin haber vivido, los que, agotados, buscan en lo raro o perverso, un incentivo. Estos que no serán felices con nada, pues algo extraño, grita, tan fatídico como el cuervo de Poe, a todas sus ilusiones inunca más!

Entonces, para un hombre de nuestro tiempo, ¿en dónde está el secreto de la felicidad?

Tal vez éste es procurarla fragmentariamente, poniendo en la acción, ideal, y en el ideal, algo de carne y hueso como hacen los monjes de San Bruno que, para no dar en la locura de la meditación en el silencio, tienen un oficio manual.

Pequeña
historia
vulgar



Aquel tornillo...

Por JOSÉ
BUSTAMANTE
y BALLIVIAN



Decían que era loco... Es posible que ustedes lo hayan conocido. Su cabeza, demasiado grande en relación a su cuerpo, estaba peinada a la manera de los hombres, y él mismo tenía cierto aspecto parecido al de esos jóvenes poetas de chambergos de amplias alas. Y era poeta también... Amaba la primavera, el sol, el ensueño. No había recorrido muchos países; había rodado poco, pero era libre porque era inútil. Amaba la vagabundería; tenía pocas necesidades y estaba bien en cualquier lado y al lado de cualquiera. No podía escoger ni lo deseaba tampoco, porque amándolo todo, todo nos parece bello. Si lo arrojaban lejos, él obedecía al impulso, lleno de agradecimiento, y si le dejaban olvidado en un sitio, poco a poco descubría en el pequeño mundo que lo rodeaba cosas nuevas e interesantes. No era sabio.

Tenía su ignorancia alegre, y, como el hombre del Paraíso, estaba completamente desnudo.

Mohoso, un poco gastado, habría desaparecido dulcemente con el transcurso de largas generaciones; pero un día lo recogió otro vagabundo como él, pero más egoísta que él, porque tenía mayores necesidades: era un hombre. Cayó en un antro oscuro, junto a algunos herrajes, clavos y hierros inservibles. Había perdido su libertad sin cometer ningún delito y acaso porque siempre hay alguien que se encargue de pecar por los inocentes...

Mucho tiempo después lo arrojaron en un gran mundo rojo y ardiente. Su cuerpo enrojeció también y ardió y se deshizo. Llegó a pensar en la

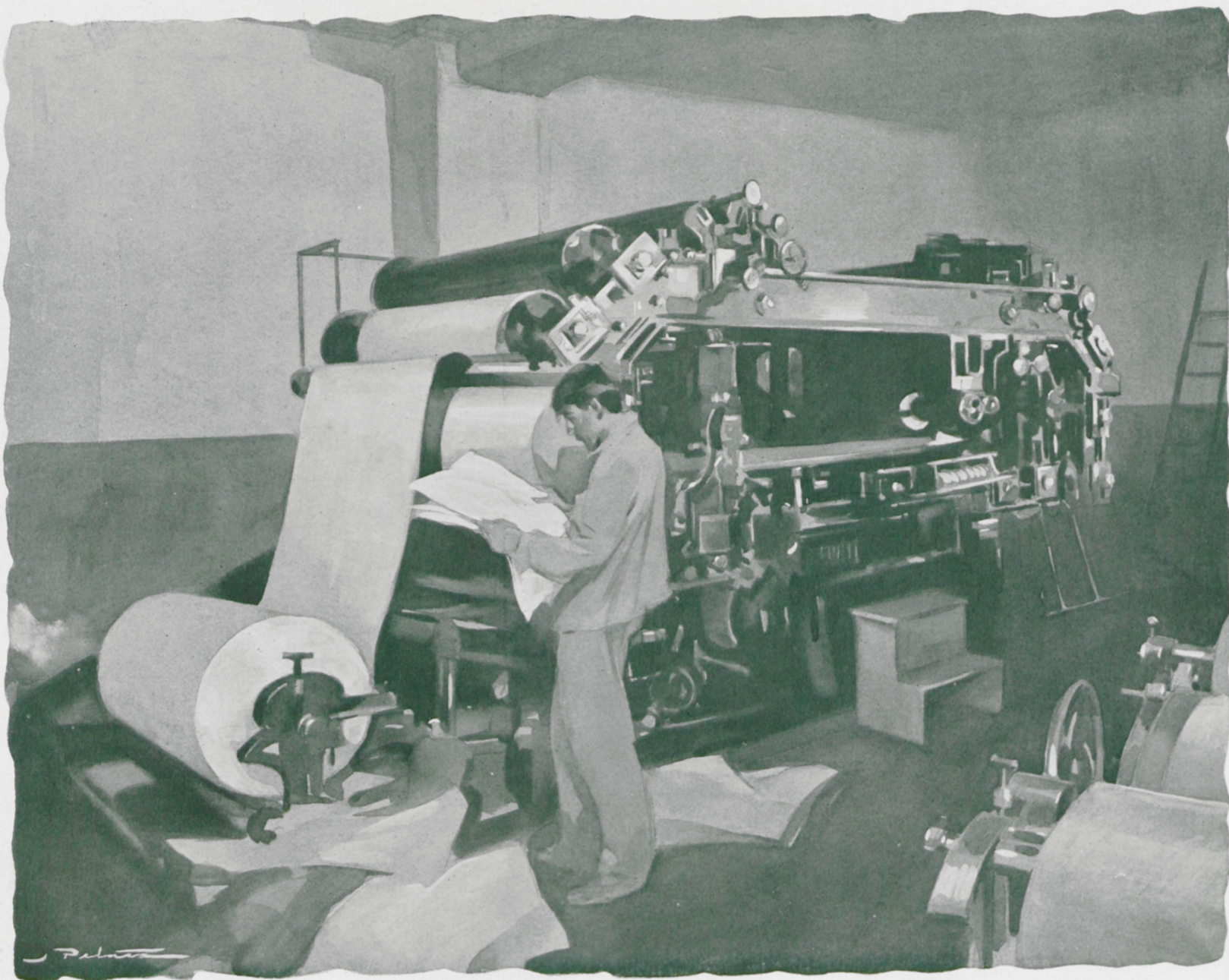
disolución, en la muerte de sus antepasados; mas en virtud de una inteligencia superior, sus moléculas permanecieron juntas, y sin mezclarse a otras, pero con ellas formaron una gran masa ardiente. El hubiera querido desprenderse, pero leyes respetables le mantenían sujeto. Era un ciudadano. A su lado, seres más hábiles y experimentados que él, hablaban de la asociación de los átomos, de la república, de la facultad de resistencia, del trabajo, del dolor...

No entendía nada de esto y lo único que alcanzaba a comprender era el valor de la libertad perdida.

Por fin la gran masa fue puesta en una máquina complicada, llena de sabios engranajes, donde iba a formarse para el futuro. Era la universidad. Crujió, giró y pudo ver con alegría inmensa como recuperaba sus antiguas formas, que aquella vez le parecieron más graciosas y esbeltas. Todo el pasado se le antojó sólo un sueño terrible y estaba orgulloso de su brillantez y de las reverberaciones que la luz producía en su cuerpo.

Descansó poco tiempo, y una tarde, dos manos férreas le sujetaron a una rueda en una cárcel tan estrecha que le impedía los menores movimientos. En torno de él todo daba vueltas rápidamente, y una larga faja de papel blanco giraba vertiginosamente, cubriéndose de signos elocuentes. El tornillo sólo entonces se dio cuenta del deber, del dolor y también de la dulzura del sacrificio... Y está todavía girando, girando incansablemente, para éstos, para aquéllos, para todos...

DIBUJOS DE PELÁEZ.



CARLOS REYLES

DIÁLOGOS
OLÍMPICOS

FRAGMENTO
DEL LIBRO QUE
ACABA DE
APARECER

—No observas, generoso e incauto Apolo, que esa causa es contraria a la nuestra y además un intento vano e insensato que acabará por llover males sin cuento sobre el mundo. La causa de la libertad, es decir, la desobediencia a los mandatos olímpicos!; el capricho contra el orden eterno!; la justicia humana contra la justicia divina!!! ¡Me haces sonreír! ¿Cómo contrariar las leyes establecidas por los dioses? ¿Cómo burlarse de éstos sin ser fulminados por las iras celestes? ¿Cómo oponer la voluntad del hombre a la voluntad del universo?; ¿la norma del microscópico mundo a la norma del orbe inconmensurable?; ¿la pueril y antojadiza razón del espíritu a la razón formidable de la Naturaleza? El espíritu, ¡valiente cosa! no ha hecho sino crear engañosos espejismos tras los cuales, desatentada y loca, corre la doliente humanidad. Dejémonos de majaderías y embelecos. Los hombres nunca podrán gozar de otra libertad que la de cambiar de esclavitud; ni conocer otra verdad que la *mentira saludable*, el ideal útil que han menester para vivir y que los apetitos dictan y, en medio de todo, es gran suerte porque esa interesada conducta es la única



¡POBRE RAZÓN! LOS SENTIDOS LA TRAICIONAN A PORFÍA; LAS PASIONES Y LOS INSTINTOS LA CIEGAN; LAS ESPERANZAS LA ENLOQUECEN Y LAS ILUSIONES LA FUERZAN A VIVIR ENTRE ESPEJISMOS, FANTASMAS Y ESPECTROS.” :

probabilidad que les dejan los hados de acertar. Cuando piensan con todo el cuerpo dan en la tecla; cuando lo hacen con el cerebro sólo desbarran. Sobre el haz de la tierra no hay criatura más propensa a engañarse que el hombre y tal acontece gracias a ese incierto fuego fatuo que lo guía y que él, ufano, llama la razón. ¡Pobre razón!; los sentidos la traicionan a porfía; las pasiones y los instintos la ciegan; las esperanzas la enloquecen y las ilusiones la fuerzan a vivir entre espejismos, fantasmas y espectros. ¡Quimérica existencia! Como en la maravillosa historia de los caballeros andantes, todo acontece en la atribulada vida del mortal por arte de encantamiento. Los ojos no ven lo que ven, ni los oídos escuchan lo que oyen, ni la razón juzga de las cosas imparcialmente, ni la voluntad hacia un punto determinado se encamina, sino que las desaladas criaturas ven, oyen, piensan y quieren a la manera de los sonámbulos, inducidas, no por las realidades sensibles y verdaderas, sino por los espejismos internos y mentirosos, cual si el mundo objetivo no existiese o existiera sólo para ser des-

tocas aldeanas por finas duquesas, andan los hombres tras la verdad, tras la ilusión vital, tras la mentira saludable, que es su Dulcinea, que es su Aldonza Lorenzo. Y así también de extravío en extravío, de locura en locura y de colmo en colmo, he aquí ¡oh, dioses! lo que han llegado a pretender los seres racionales en una sin razón tremenda: la libertad, en un mundo donde todo es sumisión, obediencia ciega y esclavitud; la igualdad, donde todo es diferenciación y tiránica jerarquía; el derecho, donde todo derecho es la enseña insolente de una fuerza vencedora. Pero no es todo, aun quieren más todavía los efímeros: quieren la concordia, ellos que son pura guerra; quieren el desinterés, ellos que son puro egoísmo; quieren la dicha, ellas que son puro dolor.



APOLO y
DIONISOS

ACVARELAS
DE GREGORIO
LOPEZ
NAGVIL

compuesto por los jugos gástricos de los sentidos antes de ser asimilado por la inteligencia. Y así, armados de las refulgentes armas del engaño, con la bacía porcasco, la celada de cartón, la lanza en ristre y transido el rocín; confundiendo siempre los molinos con los gigantes, los rebaños con los ejércitos y tomando siempre, siempre las

Los chicos de entonces... POR PABLO DELLA COSTA

Los que aprendíamos a leer en la Anagnosia de Marcos Sastre, y a escribir haciendo palotes en la pizarra, y geografía en los Atlas de Asa Smith, y religión en el catecismo del padre Astete, — hace más de medio siglo, — éramos unos escolares mucho más bulliciosos, más alegres, más sanos, más rosados y tal vez, y sin tal vez, más sinceros que los chicos de hoy, porque entonces jugábamos a la rayuela, al rescate, a las esquinitas, a la payana, al ta-te-ti, a las bolitas, al punto de la pared, al trompo, a las figuritas... y a las guerrillas.

¡Eran un amor de Dios aquellas alegrías infantiles!... Ya no se ven, en el Hueco de las Cabezas (1), aquellos famosos barriletes de cerca de tres pies de altura, remontados con cien metros de piolín, con sus tres colas de ovillo y sus navajas filosas, a la cincha de un petizo tuerto, preparadas para el «tajito» artero de una «aflojada» repentina e inesperada; ya no se conciben los paseos, en bandada de raboneros, al bajo de la Recoleta, a las toscas de la playa, a las calles siempre inundadas de la Boca; ya no se sospechan siquiera aquellos prodigiosos nadadores infantiles que se tiraban de cabeza al agua desde lo alto del extremo del muelle de pasajeros (2), o atravesaban de punta a punta la profunda canaleta de la calle Tucumán, final de la Alameda de entonces, donde solían atracar las balleneras cargadas de duraznos de las islas (3); hoy no hay idea de aquellas guerrillas épicas, a cascote y barro duro, que organizábamos al costado de los cuarteles del Retiro (4), poco después de su formidable explosión, inspiradas y enardecidas por el ambiente bélico que reinaba en el país en los comienzos de la guerra del Paraguay.

Todo eso se ha ido rápidamente, empujado por la civilización. Se han ido los cigarritos de anís, la pasta de orozuz, los caramelos de maní, el alfeñique, los duraznitos de la Virgen, los volatines de la Plaza de la Victoria, la mazamorra y el arroz con leche vendidos por la calle, las árganas de los panaderos, los caballos de los lecheros, todo aquello que era embrionario y primitivo, como las carretas de bueyes, como los serenos que anunciaban la hora, la lluvia y el buen tiempo, en el balanceo monótono de la linterna colgada del chuzo prehistórico.

El sol era otro, mejor que el de ahora. Se entraba derechamente por el río, en la playa inmensa, libre de obstáculos, limpia y grande, a las calles céntricas de edificios bajos, en chorros dorados, como una lluvia bendita, asoleando las casas blancas, bien encaladas, de puertas verdcardenillo, calentando los patios llenos de macetas de flores, de higueras, de durazneros, vivificando la ciudad-aldea, la ciudad-quinta, la ciudad-jardín, española por sus cuatro costados, moruna en los días caliginosos, casi musulmana

(1) Plaza 6 de Junio, hoy Vicente López.

(2) Calle Cuyo y Paseo de Julio.

(3) Donde está emplazada la estatua de Mazzini.

(4) Frente Este de la plaza San Martín, donde está el Museo de Bellas Artes y una gran mansión particular.

por su quietud inalterable... Era otro sol...

Los chicos de entonces no sabíamos de football, de boy-scouts, de cinematógrafo, pero cantábamos el Himno Nacional, al salir el sol, al pie de la pirámide de Mayo, ateridos de frío, con las manitas moradas, después de lo cual nos daban chocolate y confites en la municipalidad; íbamos a misa todos los domingos, amábamos y respetábamos a nuestros padres, aprendíamos las lecciones con noble entusiasmo y no nos llevaban por delante los tranvías y los automóviles, aunque jugásemos sendas partidas de rayuela, o atravesáramos a toda carrera las bocacalles en el juego de las esquinitas...

Éramos unos bandidos buenos, sin rencores, sin odios, sin envidias y sin pasiones. Dádivos y compañeros, camaradas de estudios y de juegos, nos repartíamos las golosinas que sustraíamos de la despensa paterna, el dulce de orejones, las batatas asadas, los duraznos en almíbar, los pasteles con grajeas, las empanadas con membrillo chirle, las hojaldres, porque lo que era de uno era de todos, en la franca comunidad de aquellos tiempos sinceros y honestos en que los hogares eran patriarcales y no se pensaba en la ley del divorcio absoluto.

Es claro que hacíamos perrerías gordas y de todo tamaño, fuera de la escuela y fuera de la casa. Una vez, en copiosa turba de chicos, nos bañábamos en la canaleta de la calle Tucumán, al caer la tarde. El río estaba crecido y las olas chocaban en las toscas de la canaleta, levantando altos copos de espuma. En el vaivén del flujo y reflujo de las aguas, se balanceaba, flotando, el mástil de un pailebote que había sido abandonado por sus dueños. Verlo y cabalgar el mástil una docena de



el fondo de cada diablura no asomaba la perversidad de los días corrientes. Al iniciarse la guerra del Paraguay, cuando Estanislao del Campo publicaba su *Fausto* a beneficio de los heridos de la guerra, cuando los batallones acampaban en la plaza del Parque antes de embarcarse con desti-

no a Corrientes, nosotros hacíamos guerrillas formidables los domingos, en la barranca de la calle San Martín. Durante la semana reuníamos los proyectiles, — cascotes y barro duro, — y lo apilábamos en los lugares que debía ocupar cada línea enemiga. A una hora determinada, se iniciaba el combate. El general de los nuestros era hijo de un joyero de la calle Florida. Había capitanes, tenientes, alféreces, todos ellos armados con una espada de madera. Las arremetidas eran formidables. Las compañías avanzaban, retrocedían, ondulaban, flanqueaban, según las necesidades del momento. Una vez nuestros adversarios, corridos por un empuje violento, pidieron parlamentar. Cesó la guerrilla, y un enemigo, acompañado por cinco chicos más, avanzó en dirección a nosotros, en el «terreno de nadie». Desprendimos nuestra delegación,

con la bandera blanca en la punta de la espada. Cuando llegaron al centro, el adversario dijo que debía suspender la guerrilla por agotamiento de proyectiles. Nuestro delegado, con plenas facultades, dijo que estaban conformes, y no bien se dió vuelta con «sus hombres», para dar cuenta de la comisión, fué agredido por la espalda, a cascotazos, por los «enemigos». Desde ese día los declaramos fuera de la ley de la guerra. Eran unos cobardes que no merecían la consideración de las naciones decentes. No guerrilleamos nunca más con ellos, y fuimos a buscar enemigos leales en el barrio de San Nicolás. Con esos siquiera podía uno entenderse...

No se debe renegar del vapor, de la electricidad, de los prodigiosos inventos modernos. No vale la pena echarse a hacer filosofías sobre el descreimiento y la escasez moral de los hombres del día, empujados por el vértigo de la vida, que arrastra a tantos errores humanos y sociales. Hoy el mundo está hecho de nervios y de ruedas de acero y hay en la tierra una fuerza de impulsión que se lleva por delante las montañas; pero es bueno recordar todas estas cosas de la niñez antigua, sin falsías ni preconceitos.

¡Cuántos viejos de hoy quisieran que el mundo diese un vuelco hacia atrás, a los tiempos de entonces, no sólo para volver a ser niños, sino para ver si el país podría llegar a reconstituirse bajo un patrón diferente, es decir, el patrón de ayer, que era sano como una moneda de oro y limpio como un rayo de sol!...

Pero eso no puede ser... ya no existen los chicos de entonces, virtualmente, al menos.

DIBUJOS DE FORTUNY.



—¿No se anima, doctor, a dir al baile La Azucena? Juede que sedivierta. Habrá güen elemento y asigün dicen van a caer mozas de La Colina.

No tuvo que esforzarse demasiado, Escudero, el mayordomo fiel, para decidirme por el programa; quince días de estancia comenzaban a aburrirme ya, y, por otra parte quería conocer «de visu» una de esas fiestas típicas de que tanto había oído hablar a Capin Sáenz Valiente.

—Muy bien, Escudero; acepto la invitación—le dije— saldremos a las diez de la noche.

—Va a ser tarde, doctor; de dir hay que dir ahora—me respondió el mayordomo denunciando en el tono de su voz deseos incontinentes de partir cuanto antes.

Eran las cuatro de la tarde y el sol estaba alto aún. No quise contrariarlo y dejándome convencer de que ni siquiera debía quitarme los «bridges» que llevaba puestos, emprendimos la marcha en automóvil, un modesto y sufrido automóvil que representa uno de los mejores negocios que he hecho en mi vida, pues lo cambié por el que Horacio Molina padece en Buenos Aires.

Seis leguas separan a San Enrique de La Azucena; seis leguas monótonas e interminables, de pura pampa solemne y aburrida con sus correspondientes ombúes. El viaje duró cerca de una hora a causa de una «panne» que sufrimos al enfrentar la estancia de Gómez Palacios: el motor se descompuso entusiastamente, y eso que como preventivo llevábamos magníficos neumáticos. Durante el trayecto, mientras el mayordomo, que es un pico de oro del silencio, no profería palabra alguna, mi imaginación se anticipaba a la fiesta inminente prometíendome momentos deliciosos.

Para una persona que no conocía fiestas de esta índole sino por las crónicas de las novelas nacionales y las farsas de los teatros criollos, es fácil suponer con cuánta curiosidad y con cuánto interés se aproximaba el momento de llegar. Y luego, el nombre de la estancia: La Azucena, ¿podía ser más poético, más sugerente, más promisor de una velada encantadora? No sé por qué capricho de la fantasía se me había puesto que en La Azucena la niña de la casa sería una linda joven de 17 años, morena, de ojos rasgados y de mirar pudoroso, peinada en una larga trenza de azabache, con un moño celeste, igual que el vestido. Se me había puesto también que a esa deliciosa criatura la debían de festejar por lo menos dos pretendientes: un domador y un guitarrero, y que ella preferiría el último por la oposición que le harían los padres. Me había imaginado que a la fiesta concurrirían otras jóvenes como María (ya que así debía llamarse forzosamente la niña de la casa), mujeres estupidas en su rusticidad de campesinas, de bellas formas y rostros fragantes, «flores silvestres, hijas de la pampa y del amor», como diría Manolo Carls. Me había imaginado, también, que no faltarian mozos de rompe y rasga, payadores del lugar y viejos dicharacheros, y que bajo un alero más o menos escarchado oíría entre mate y mate los alegres acordes de la huella y aplaudiría las bellas figuras del pericón.

—El baile va a ser en ese galpón que está allí detrás de «las casas»—me dijo Escudero, no bien llegamos.

Un poco confundido por el plural, pues yo no veía más que una sola casa, no muy edificante ciertamente, me detuve junto a una gran cantidad de sulkys, americanas y jardinerías, cuyos caballos miraron al auto con marcada desconfianza.

Por una pequeña puerta de «las casas», por donde no podría ni le gustaría pasar a Alberto Palacios Costa, apareció don Telmo Araya, en cuyo voluminoso vientre decorado por una gruesa cadena de oro adiviné el

título de propiedad sobre La Azucena.

—Muy honrado, doctor. Tanto bueno por aquí. Llegan a tiempo—dijo, mientras nos acompañaba al galpón donde supuse por la hora, que estarían tomando el te.

La densa humareda que había allí dentro me impidió distinguir bien a quince o veinte «individuos», como diría Marianito Paunero, y que algunas horas después serían mis camaradas.

—Llegan muy a tiempo—insistió don Telmo, mientras ponía en mis manos un enorme cuchillo de cabo de plata.

La célebre mirada de Alejandro el Grande a su médico cuando la denuncia famosa, fue una caricia al lado de la que yo le dirigí al dueño de casa al poner en mi diestra el arma homicida.

No tardé en darme cuenta de la situación. En medio de aquel recinto, cuyo piso de tierra recordarán mis pies durante toda su vida, asábase un cordero al asador, dorado y chirriante.

Con la misma ansiedad con que el conde Ugolino de la Gerardesca en el pasaje del Infierno buscaba en las tinieblas de la torre a su hijo menor, busqué yo en torno mío el auxilio de un plato. Y al ver que todos los comensales, todos sin excepción, se administraban con las manos para trincar y para comer, me vino a la memoria otro verso del Dante: Lasciate ogni speranza...

¡Oh, nunca sentí tanta envidia por el flato Sarmiento Laspiur, por Lucio A. García y por Rodolfo Quesada, como en aquel instante en que tuve la evidencia de mi ignorancia en el difícil arte de la cirugía!

Si no hubiera sido por Escudero, que se comedió a servirme, me hubiese visto en aprietos horribles, tanto que para disimular mi torpeza había pensado asegurarle a Araya que yo era vegetariano.

El caso es que comí, hice de cuentas que las costillas eran espárragos y las tomé con los dedos, pero comí.

Las mujeres no se presentaron hasta después del «five o'clock diner», al que ellas le llamaron cena. Yo no sé cómo hacer para presentarlos a la dueña de casa, sin excluir en la descripción un coquetito quistecito que florecía en la nuca. ¿Os lo imagináis al doctor Plaza con polleras y con un poquito más de bigote? Ahí la tenéis a doña Abelarda Pérez de Araya, madre de diez y nueve hijos, de los cuales ocho Q. E. P. D., y de setenta y cuatro nietos, de los cuales los dos menoritos uno se llama Hipólito y otro Intervención.

Muy amable doña Abelarda. Al elogiarle su simpática fiesta, me dijo:

—Nada de eso, joven.



A. M. L. RODRÍGUEZ FIVDAL.

Esto no es un baile. Las muchachas quisieron dar «unas vueltas» y nada más.

Excuso decir que mientras nosotros comíamos, en «las casas» corrió la voz eléctrica de que un forastero paquete acababa de llegar. Yo me sentía Laboullerie, en medio de las miradas que me dirigían de todas partes y todas mis actitudes respondían a la calidad del «ilustre huésped».

Juro que con María tuve un desengaño. María no era María sino Gabriela a quien le decían Grabiela. Tenía más de 30 años y no estaba vestida de celeste sino de amarillo con un gran moño violeta en el peinado.

Usaba los colores del stud Lagrange.

Según supe después no la festejaba ni un domador, ni un guitarrero, andaba «noviando» con un escocés viudo llamado Tennyson, algo así como submayordomo de la estancia de Enrique Anchorena.

En cuanto a los demás concurrentes, incluso las dos forasteras de La Colina, puedo asegurar que no creí reconocer entre ellas ni a Thais, ni a Carmen, ni a Manón, a no ser que Thais se hubiese parecido a Saá Pereyra, en rubio, que Carmen usara anteojos con lentes negros y que Manón respondiera a una invitación al vals:

—Yo no sepo, si supiera salgara, mi hermana es la que saba.

A lo largo de las paredes se extendían bancos y sillas de un indescifrable estilo. De un lado las niñas, duras, inmóviles, fijos los ojos en el techo; del otro los jóvenes, no menos inmóviles y duros, fijos los ojos en las niñas. No había ziganos. Constituían la orquesta tres guitarras y un mandolín a quienes servía de Furlatti un aficionado del Azul, autor de una mazurca titulada «Al calor de la fresca brisa». La orquesta tocó tres vales consecutivos y ninguna pareja salía a bailar. Perdonadme la tonta jactancia de creer que aquella juventud estaba cohibida por mi presencia.

Comenzaban a oírse los primeros acordes de «Sobre las olas», cuando un vecino mío abandonó su asiento con la misma resolución con que Pringles se arrojara al agua para salvar la bandera. Cruzó el espacio con rapidez y extendió la mano a Gabriela, quien aceptó con la mayor naturalidad un suave remolque hasta el medio del salón.

Todo fué empezar, pues tres minutos después doce parejas tomaban para sí la ardua tarea de nivelar el terroso piso al compás de la música.

¡Camilo Aldao, Bebé Martínez de Hoz, Arturito Gramajo, ya os hubiera querido ver a vosotros, reyes del «rig-time» y del «foxtrot», intentando el balanceo de esas mazurcas, la complicación de esos tangos, la geometría

de esos «pas de quatre»!

Hacia dos horas que el baile había comenzado y yo permanecía en mi asiento junto a la dueña de casa, a quien cada vez que me preguntaba: ¿no es afecto a bailar? respondíale y negativamente. Y se lo decía con toda buena fe, porque me resultaba harto difícil imitar la manera de mis compañeros; había una cosa que yo no hubiera podido hacer como ellos por todo el oro del mundo, y era, después de cada pieza, quedar agarrado de la mano de la niña, en una actitud semejante a esos «enlaces de provincias», que se ven en las últimas páginas de «Caras y Caretas».

Sin embargo, a las ocho de la noche, el frío me venció y no tuve más remedio que

bailar un tango para distender los músculos. Lo hice como pude y a mi manera, con una joven un poco menos ágil que el gordo Ocampo y a quien después de bailar, violando las costumbres de la casa, dejé fondeada en un asiento de donde la había sacado.

—Muchas gracias.

—Usted las merece.

Me olvidaba decir que durante mi primera danza, por distracción sin duda, al bailar yo sacaba un poco la lengua. El detalle no tendría interés alguno, si a la pieza siguiente la mayoría de los jóvenes no hubiesen adoptado esa actitud, como la expresión más perfecta del «chico».

¿Quién me hubiera dicho que alguna vez tendría yo algún contacto con M. André de Fouquieres?

A las doce de la noche produjo gran alegría el anuncio de la «polka de la dama». Esta vez eran ellas las que nos sacaban y nos remolcaban hasta el centro del salón. Una vez allí se cambiaban «relaciones», donde he podido apreciar el espíritu exquisito y sutil de Tennyson, quien, si mal no recuerdo, dijo textualmente a Gabriela:

Me gusta la cinta verde porque es color de esperanza, más me gusta la torta frita porque me llena la panza.

Yo salí admirablemente del paso, pues tenía frescos en la memoria algunos versos de «La Angelical Manuelita», no tan delicados quizá como los de Tennyson, pero del mismo sabor local.

Después vinieron los lanceros, cuya relación es superior a mis aptitudes, y nuevas polkas, nuevos tangos, nuevas mazurcas y nuevos vales. Me sentí Eduardo Bidau (hijo) y bailé todas las piezas como un trompo.

Por ahí me ofrecieron un mate monstruoso, interminable, que tardé cuarenta minutos en liquidar, como que estaba destinado a la «rueda» y yo había detenido—¡ignorante de mí!—en plena circulación.

La fiesta de La Azucena, como un discurso de Oyhanarte, duró diez y siete horas. Chocolate, caramelos, caña y lechón, constituían los elementos del ambigü del que participaban furtivamente algunos chicos y otros tantos perros, no menos sociables que los chicos.

A las once de la mañana, cuando los músicos sin director comenzaban a rasgar sus instrumentos con alguna dificultad, corrió entre los concurrentes una versión angustiosa. Una de las bellezas de La Colina había desaparecido y el aficionado del Azul no se encontraba por ninguna parte.

Aproveché el alboroto para salir afuera y tomar un poco de aire.

Al lado de mi auto faltaba un sulky.

DIBUJO DE SIRIO.





SEÑORA ENRIQUETA BASAVILBASO DE CATELÍN
ÓLEO DE RICHARD HALL



SIRIO



ABÍAMOS charlado largo rato en mi saloncillo: dos amplias poltronas al lado de la encendida chimenea... atenuadas las luces por los oscuros velos que nos ha impuesto la moda, el silencio, esa hora de exquisita calma, nos invitaban a charlar... y de todo un poco, naturalmente, como es de rigor entre una dueña de casa, a quien apasionan todas las vibraciones de la vida compleja que la rodea, y un intelectual de nota, *doublé* de un hombre de mundo, en toda la acepción de la palabra...

De todo se ha tratado: vida política, vida mundana, manifestaciones artísticas; no hemos acercado siquiera hacia nosotros la mesita de juego, compañera de otras horas... ¡No sé si las he confesado a ustedes, lectoras amigas, en algún momento de expansión, que en mis ataques de frivolidad, ambicionaría el pasar largas horas de mi vida con las cartas en la mano! Pero me encuentro nuevamente sola al lado de la chimenea, y remuevo los leños que protestan con rezongos y encendidos chispazos contra tan molesta intromisión...

Llega hasta mí el golpe seco de la portezuela del *taxi* que se aleja, y me parece que llegara también, estremeciendo mis hombros, alguna ráfaga del frío intenso que debe reinar fuera... La irresistible sugestión del fuego que chisporrotea nuevamente en el hogar, me hace arrellanarme en la amplia poltrona, y seguir mentalmente el interesante tema que me ha sido sugerido por el ilustre amigo que se acaba de marchar, tema que no podría dejar de confiar a ustedes, mis interesantes y consecuentes amigas...

Nada parece que nos faltara ya en esta prodigiosa cosmópolis, visitada por todas las eminencias del arte y de las letras; con su alta vida mundana, que sigue por sincero interés, o por puro *snobismo*, la producción teatral, nacional o extranjera, las exposiciones artísticas, las series de conferencias y conciertos... Sin embargo, falta algo esencial en esta intensa y agitada vida nuestra, algo esencial, lo repito, cuya iniciativa corresponde — según opinaba el eminente hombre de letras cuya personalidad no me es dado revelar — al espíritu femenino... No existe en nuestro ambiente lo que llamamos, por tradición, el *salón literario*... Pero, entendámonos: el salón literario, presidido por alguna destacada personalidad femenina, que aunar, a su autoridad social, todo el encanto necesario para congregarse en su derredor las eminencias del arte y de las letras; una clara inteligencia, y un exquisito tacto para seleccionar su círculo; una superioridad de espíritu que desdeñara serenamente todas las pequeñeces latentes, hasta entre sus mismos grandes amigos...

¿Lo creen ustedes difícil, casi un imposible, amigas mías? Pues yo no... Abundan en nuestro ambiente social, damas cultas, inteligentísimas, cuyo trato saben valorar nuestros más eminentes pensadores; pero a unas y a otros les falta la oportunidad de reunirse, de abordar temas de alto interés social o literario, de comentar las propias obras, de hacer conocer en interesante y competente cenáculo, alguna delicada primicia... Arrastradas *ellas* por el poderoso engranaje de su actuación caritativa, que fuera del hogar absorbe gran parte de sus actividades, por los deberes que las impone el código mundano; *ellos*, porque no saben independizarse del propio círculo, — que les ensalza o critica sin descanso, — y además, porque desconfían siempre, ¡confesémoslo! de la peligrosa influencia femenina... En cambio, los que han tenido la dicha de hallar en su camino la verdadera compañera o inspiradora, viven retraídos en la intimidad del hogar...

Sería, pues, menester toda la inteligente iniciativa, todo el poderoso encanto de alguna de nuestras figuras más representativas, para atraer a un salón femenino a las que fueran dignas de comprender y admirar de cerca a nuestros maestros del pensamiento y del decir, que no habrían de desdeñar tampoco la oportunidad de conquistar el aplauso y la afectuosa simpatía de las que anhelan elevar su espíritu, cultivando a la vez su inteligencia... No he de hacer crónica detallada, para ustedes, de tantos salones femeninos que influyeron hasta en las más intensas convulsiones políticas de la historia; no creo tampoco necesario el que fueran presididos los salones literarios porteños del porvenir por literatas y poetisas, como las figuras que hicieron célebre el Hotel de Rambouillet; ninguna de ustedes concibe seguramente estas brillantes recepciones, sin evocar las figuras de Mme. de Sévigné y de Lafayette, Mademoiselle de Scudéri, o la Mariscala de Luxemburgo, de la Condesa de La Suze o de la célebre Lady Wortley Montague, de las señoras Mekeo o de Stael, de Mme. de Geulis o de Julia Talma, la adorable mujer esposa del insigne actor... No necesitamos recurrir a tales ejemplos, amigas y lectoras mías; miremos hacia atrás... recordemos las crónicas repetidas mil y mil veces en nuestro propio hogar; abramos al azar algunos de los escasos tomos que podamos consultar respecto de los usos y tradiciones de la aristocrática sociedad de antaño, y surgirá de ese pasado que les fuera a ustedes tan indiferente hasta hace poco — la moda del estilo colonial ha tenido la virtud de hacernos recordar... — la interesante visión de alguno de los salones literarios porteños de lejana tradición... Ella nos habla del *salón* presidido por doña Joa-

quina Izquierdo, dama cultísima, que se había sabido rodear de las más destacadas personalidades de la época; fué en tan aristocrático cenáculo donde leyeron sus tragedias y poesías Juan Cruz Varela, Luca, Rojas y Fray Cayetano... Ocupaban el estrado, rodeando a la inteligente dama, las figuras femeninas que ha perpetuado nuestra historia; Remedios Escalada, Carmen Quintanilla, Flora Azcuénaga, Isabel Casamayor, una de las damas más cultas y preparadas de su época, amiga y compañera de Mariquita Sánchez, nobles fundadoras ambas, de la tradicional corporación instituida por Rivadavia... Antonia Palacios, María Cabrera, dama también ilustradísima, con sus ribetes de poeta; y no era ella la única, puesto que es del caso recordar la célebre carta de Mariquita Sánchez a Candelaria Somellera:

« Nosotras sólo sabíamos
Ir a oír misa y rezar,
Componer nuestros vestidos
Y zurcir y remendar... »

Esas mismas portañías llenas de ingenio, dueñas de irresistible encanto, fueron las que aplaudieron los primeros poemas de Echeverría, las que escuchaban silenciosas, devotamente, los armoniosos arpeggios que improvisaba Esnaola, para acompañar las románticas endechas del gran poeta...

¿Por qué no habríamos de revivir en esta época de continua agitación, horas de tan exquisita serenidad? No faltan en nuestro presente algunas de esas figuras femeninas dignas de atraer en su derredor, con la sugestión de su clara inteligencia, de su tacto exquisito, a los maestros de nuestras letras: Ricardo Rojas, Lugones, Larreta; a prosistas y poetas de la talla de Estrada, Roldán, Grandmontagne, Melian Lafinur; críticos como Jean Paul — pero no pretendo yo, ¡pobre de mí! mencionar personalidades...

Sólo debo decir a ustedes, lectoras mías, que la iniciativa las corresponde, según dijo mi ilustre amigo, que añadió al despedirse de mí: — Amiga mía, «ce que femme veut, Dieu le veut... »

LA DAMA DUENDE.





Dolores Lavalle de Lavallo

Con motivo de las recientes manifestaciones de afectuosa simpatía, cambiadas entre las distinguidas personalidades femeninas del país hermano y las nuestras, la dirección de estas páginas ha considerado oportuno evocar recuerdos de tiempos pasados... Chilenos y argentinos han de recorrer con verdadero interés estas breves notas, reflejos de escenas cuyo recuerdo no se habrá esfumado aún en muchos hogares. Es a la ilustre matrona argentina doña Dolores Lavalle de Lavallo, a quien debemos estos datos inéditos y llenos de interés:

«Había sido designada con el honroso cargo de figurar en la Comisión de Damas Argentinas, que debía de agasajar a la embajada chilena, durante su permanencia entre nosotros, y fué muy grande mi pesar cuando el estado delicado de mi salud me obligó a declinar un honor que constituía para mí un gratísimo deber; sobre todo cuando conocí el nombre de la esposa del Embajador Bulnes: Carmela Correa... el nombre de mi amiga querida, de la amiga predilecta de mi juventud! ¡Cuántos recuerdos comunes! La señora de Bulnes era, pues, su hija, y nieta del famoso almirante Blanco Encalada, que fué uno de los hombres más interesantes de su época; de arrogante y distinguida figura, de exquisito trato, pero absolutamente sor-

RECUERDOS ~ DE ~ SANTIAGO ~ DE ~ CHILE POR ~ DOLORES ~ LAVALLE ~ DE ~ LAVALLE ~

do, dolencia muy común en los astilleros (él había vivido siempre abordo), y que lo aislaba por completo de la vida social.

De vuelta de la misión diplomática que le confiara su gobierno ante la corte de Napoleón III, se instaló en Santiago de Chile, con su familia, frente a la casa que habitaba la familia del General Lavalle, mi padre, circunstancia que estrechó más aún nuestros vínculos de amistad; yo le profesaba verdadero cariño y admiración, y para poder conversar con él tenía siempre sobre mi piano un block de papel y un lápiz, destinado a nuestras charlas; él me hablaba y yo le escribía mis respuestas. Solía decirme a menudo:

—¡Ah! mi hijita, si todos hicieran lo que tú, no me vería privado de la sociedad; pero no puedo ir a ninguna parte por mi falta de oído.

El almirante Blanco Encalada tenía tres hijos: Félix, Julio (marino) y Florencio, muy buenos mozos los tres, sobre todo este último, que era demasiado bonito para hombre; era infatigable todos los domingos a oír la misa de once, en la Iglesia de la Compañía, con sus hijos, y después venir con ellos a casa donde le gustaba conversar de sus campañas y se encantaba contando el ataque a la «María Isabel», nave española que apresó en la guerra.

Teresa y Carmela Blanco Encalada, eran mis grandes amigas, sobre todo esta última, con quien éramos muy compañeras, y que casó con el mayorazgo Correa. Juntas seguíamos el mes de María en la Iglesia de la Compañía, situada a corta distancia de nuestra casa. La víspera de la solemne fiesta religiosa (8 de diciembre), sufrimos en la iglesia un calor tan excesivo, tan asfixiante, que me acobardé y dije a Carmela que no la acompañaría al día siguiente; ella fué sola... Durante la fiesta se produjo la catástrofe indescriptible: el incendio de la Iglesia de la Compañía, donde perecieron más de mil señoras. Cuando tuve conocimiento del incendio, corrí a la calle, y vi el templo envuelto en llamas y a Carmela que venía hacia mí, corriendo despavorida, con los vestidos desgarrados. Sólo pude preguntarle:

—Carmela, ¿y la gente que estaba adentro de la iglesia?...

—No sé... —me contestó; —a mí me ha sacado un hombre que me dejó en la calle y volvió adentro para tratar de salvar a otros...

Sólo al día siguiente, Carmela me decía:

—Lo que me horroriza es pensar que he pisado otros cuerpos que pugnaban por levantarse y no podían; ¡y esos cuerpos han quedado carbonizados entre los escombros!

Efectivamente, una vecina nuestra, Enriqueta de Lecaros, perdió en ese incendio a sus dos hijos de 14 y 16 años, dos preciosas criaturas; me horroriza el recuerdo de aquellos cuerpos desfigurados por las llamas.

Realmente fué milagroso la salvación de mi amiga Carmela Blanco Encalada de Correa, madre de la distinguida e interesante dama chilena que acaba de conquistar tantas simpatías y afectos en la Argentina. Si la providencia quiso salvar a Carmela, el destino fué cruel en cambio para su hermana, la bellísima Teresa, que llamó justamente la atención en las maravillosas fiestas del segundo imperio; a su regreso a Santiago, se vió rodeada de una corte de adoradores; me parece que la estoy viendo, en un suntuoso baile de fantasía, que eran el furor de aquella época, haciéndose en ellos derroche de lujo y elegancia; había elegido el traje de María Antonieta, y vestía de brocado celeste y fichú de encajes; la peluca empolvada realzaba su espléndida belleza, y para que su papel fuera completo, se hizo acompañar para entrar al salón, con el hombre más buen mozo de aquel tiempo, Cirilo Vigil, que llevaba el traje de Luis XVI.

Entre los adoradores de Teresa figuraba Francisco Echeverría, un verdadero potentado, dueño de tan fabulosas riquezas que se le llamaba, en Santiago, Montecristo. Para estrenar su magnífico palacio, ofreció un baile regio; puede juzgarse su suntuosidad por este detalle: En la sala destinada a toilette de las señoras, hizo colocar un enorme espejo, que tenía por cornisa un letrero con grandes letras de brillantes, que decía: *A las señoras de Santiago*. Teresa aceptó los homenajes de Francisco Echeverría y fué la esposa del Montecristo chileno. ¡Quién hubiera podido predecir su trágico fin!

Se hallaban pasando una temporada en



EL ALMIRANTE DON MANUEL BLANCO ENCALADA, CON EL GUARDIAMARINA SU HIJO JULIO.

uno de los grandes establecimientos mineros; estando ausente Echeverría, llegó a visitarlo un caballero inglés, que quería conocer las grandes maquinarias destinadas a moler los metales, y Teresa se ofreció entonces a servirle de guía.

Entre esas máquinas, unas estaban a flor de tierra, y otras en bóvedas subterráneas, pero ligadas entre sí por grandes ruedas dentadas que giraban a flor de tierra...

En aquella época se usaban los vestidos largos; la desgraciada Teresa lucía esa tarde un elegante traje de color, que no tuvo la precaución de recoger; en un descuido, fué tomado por una de las enormes ruedas, que lo envolvió con tal rapidez, que el potente engranaje dividió aquel hermoso cuerpo, arrojando el busto a poca distancia sobre la tierra, y el resto cayó al subterráneo.

Fuó tan espantosa la impresión que produjera en el caballero inglés el trágico espectáculo, que perdió repentinamente la razón y fué recluso largos meses.

El nombre de la digna embajadora de Chile me ha hecho revivir dulces y trágicos recuerdos... y lamentar también intensamente el no haber podido evocar con la señora de don Gonzalo Bulnes la sincera amistad que uniera otrora a las familias de Blanco Encalada y de Lavalle.

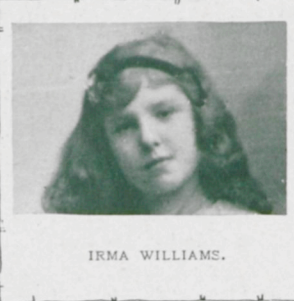


CELIA FASCE.



VIRGINIA NEFF.

PEQUEÑAS ARTISTAS



IRMA WILLIAMS.



EDITH STABILE.



ELSA PIAGGIO.

Irma Williams, Celia Fasce, Virginia Neff, Edith Stabile, Elsa Piaggio... pianistas en miniatura, prodigiosas ejecutantes, que serán al correr de los años celebridades artísticas...

Hay que oír las interpretaciones de las páginas que les dedicara su eximio maestro don Alberto Williams. Aplaudir la técnica maravillosa de esas manos diminutas, y la expresión que saben dar a cada frase musical. Irma Williams no desmiente su abolengo artístico; expresa con armoniosas frases su propia inspiración.

Sus compañeras de estudio han revelado, con espontánea sinceridad, cual es el pensamiento que las preocupa al hacer vibrar

los primeros acordes del número de concierto que les corresponde:

«Canción de colegiales».

—Lo primero que pienso, es en no equivocarme. Después me figuro a los colegiales cantando mientras juegan; ¡si pudieran cantar y jugar, siguiendo el compás, Lola, Julio y Celita, mis tres muñecas! Y también en que si toco bien, podré comer chocolates Suchard; ¡esa es la golosina más rica!

CELIA FASCE.

«Payasos, op. 77».

«Pierrot y Pulcinella».

Pienso en un pierrot alegre todo blanco, y que Pulcinella es todo punzó, lleno de cintas, y que tiene un

bonete puntiagudo con muchos cascabeles que suenan cuando yo toco.

EDITH STABILE.

«Canción de chucuela».

—Me parece que oigo cantar a muchos

chicos y a muchas chicas, que les cantan a sus muñecas; yo también tengo muchas...

VIRGINIA NEFF.

«Saludo de los payasos». «Frank Brown bailando». «El payaso está triste».

—Me parece que todos los payasos me saludan con sus galeras negras, y que Frank Brown baila con una cara triste, muy triste

ELSA PIAGGIO.

ENCUESTA

¿En qué forma, la mujer pudiente puede mejorar la situación en que se halla la obrera en nuestro país?

Mucho se puede escribir contestando la Encuesta; pero para ello se requiere estudiar la cuestión muy a fondo. Me dedicaré sólo a tratar el asunto en la parte que todos podemos juzgar por ser bastante conocida.

Empezaré por la ayuda material: Ante todo, creo que lo más urgente, sería tratar que el trabajo de la obrera fuera mejor recompensado. No me refiero al salario que recibe en las fábricas, que tengo entendido es equitativo, pero sí, al pago inadecuado que reciben tantas pobres mujeres que no pueden

salir de sus hogares; unas porque están cargadas de hijos, otras jóvenes por los peligros que para ellas tienen las fábricas, y que recurren al trabajo manual que les dan las grandes tiendas, en bordados, costuras, etc., y que es remunerado de una manera irrisoria. ¿No se podría hacer algo para que esa injusticia desapareciera y se contentaran esas grandes compañías con una ganancia más equitativa?

Otra cosa interesante sería establecer unas *crèches* copiando algo de las numerosas que hay en París. Se trata de un establecimiento a donde las mujeres que van al trabajo, puedan dejar sus hijos que no tengan aún la edad reglamentaria para ir al colegio. Una especie de «Jardines de infantes», a donde los niños recibirían jugando las primeras nociones de instrucción y un alimento sano.

Esto sería de gran utilidad, porque no se puede exigir a esas desgraciadas que vayan a trabajar tranquilas, cuando dejan solos en el conventillo a cinco o seis hijitos menores

a veces de ocho años, a la merced de alguna vecina caritativa, que les dé algo que comer, pero que no se puede ocupar mayormente de ellos! ¡Cuántos beneficios ello traería, primero se suprimiría en gran parte la mendicidad, pues la madre podría ganar algo y se haría obra patriótica porque son esos niños los que después harán la grandeza del país, y de esa manera se salvaría sus cuerpecitos del hambre, y su alma del vicio, pues no se acostumbrarían desde la infancia a la holgazanería, el principio de todos los males!

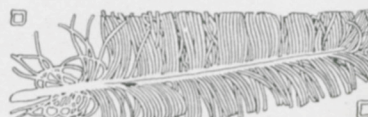
Insisto en esto porque estoy convencida de los beneficios que ello traería. Muchas veces visitando, como Dama de las Conferencias de San Vicente de Paul, nuestros pobres parroquiales, nos han contestado al preguntarle a alguna pobre mujer porque no trabajaba: «pero señora, ¿con quién dejo yo mis hijos?», y no hemos tenido que responderle, encontrándole toda la razón. Esos establecimientos que deberían situarse en los barrios pobres, y buscar para ellos la ayuda del go-

bierno y de los particulares, se abrirían a la misma hora de las fábricas y en ellos depositarían de paso, sus hijos las obreras, para recogerlos de vuelta al hogar. Podrían ponerse bajo la dirección de Hermanas de la Caridad y la vigilancia de una comisión de señoras.

Los restaurantes baratos, cerca de las fábricas, también serían de suma utilidad.

En cuanto a lo que se refiere a la elevación intelectual de la obrera, creo que también habría mucho que hacer, pero es obra del tiempo, por no hallarse quizás aún un campo propicio para ello y no ser de tan urgente necesidad.

HILDA VIEYRA DE DÍAZ VALDES.

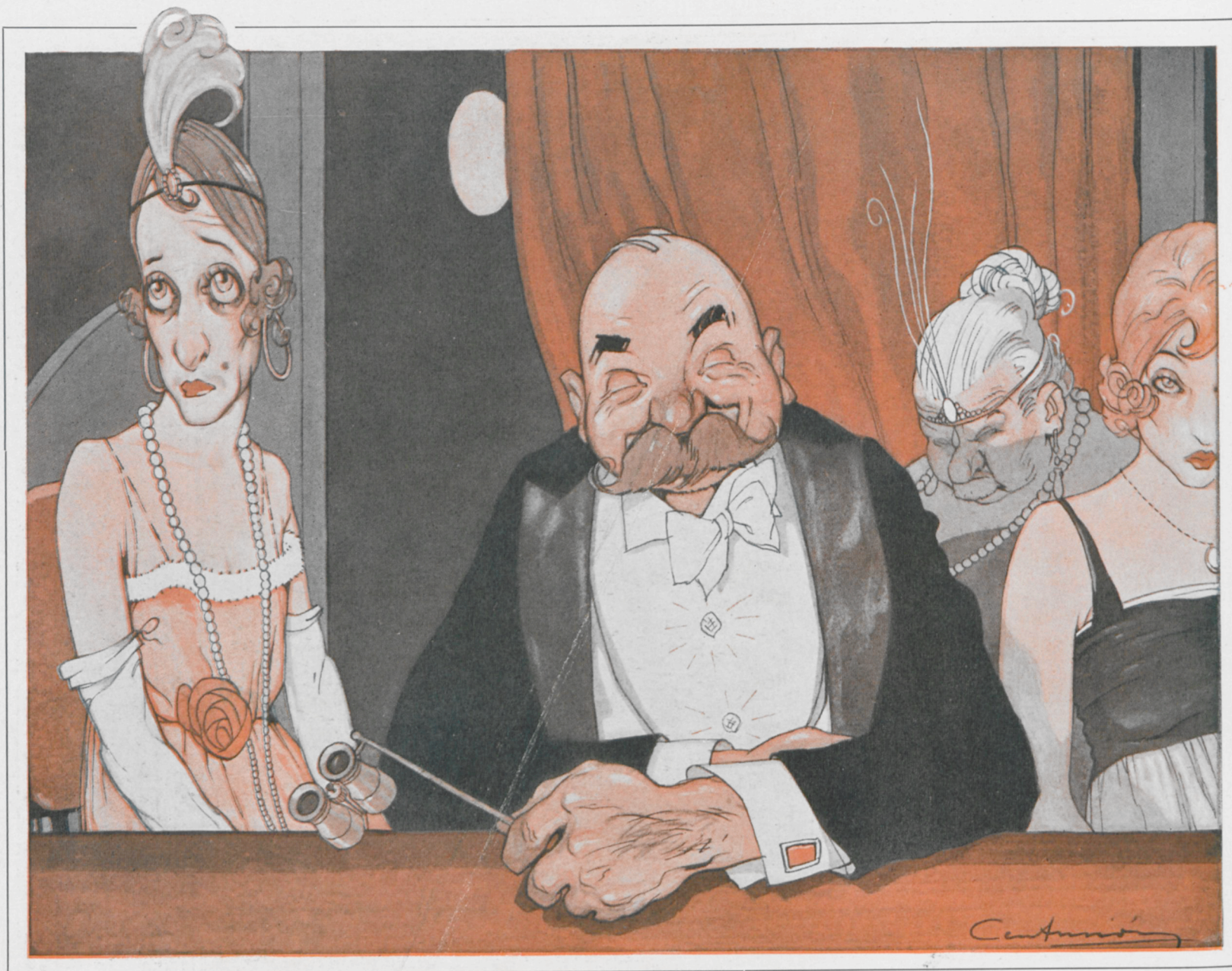


-PLUS ULTRA-



eta. DOMINGA
SÁENZ
VALIENTE

FOTOGRAFÍA
DE WITCOMB.



EL REFLEJO DE LA ESCENA POR NICANOR R. NEWTON

Cuando, por desgracia, me veo en la necesidad de asistir a la representación de una obra que ha dejado de interesarme, ya sea porque la conozco de memoria o por cualquiera otra circunstancia, en vez de dejarme arrastrar por el hastío consiguiente, trato de hacerla nuevamente interesante merced a un método muy sencillo.

Mi método consiste en volver a *ver* la pieza; pero ya no por mis propios ojos, sino indirectamente, por reflexión, por el efecto que produce en otros espectadores, y observar como una misma escena, a veces una misma palabra, provoca emociones distintas en personas distintas, según sea su temperamento, su estado de ánimo o su educación artística.

Hoy asisto a esta representación por imposición de la señora de Peralta, una joven señora muy hermosa, muy espiritual y muy amable a quien encontré días pasados en la fiesta del doctor Funes y me ofreció esta butaca que ocupo y que tuve que aceptar, pues la señora de Peralta es de esas personitas a quienes no se les puede decir que no. Y aquí me tienen ustedes escuchando por la no-sé-cuanto-enésima vez esta comedia que parece acecharme en su obstinada persecución, y que si en un tiempo me agradó, ahora me revienta.

Pero observemos los ocupantes del palco de enfrente.

Esa señora lánguida y rubia de grandes ojos claros y de escuálido escote, que está sentada más próximo al escenario, es doña Ofelia Rodríguez Peña de Bonnefoi, quien, a pesar de su apellido patricio, descende de una familia pobre pero poco honesta. Su padre, un José Rodríguez cualquiera, fué un truhán, un ave negra, que dió lustre a su apellido, para que le sirviera de escudo protector,

barnizándolo con una Peña que, según él, había descubierto en una de sus ascendientes. La madre de doña Ofelia fué una pobre mujer sin carácter ni vergüenza que, en el afán de figurar en sociedad, sirvió a su esposo de instrumento ciego e incondicional para sus trapisondas. Doña Agueda, que así se llamaba esta infeliz mujer, murió dejando a su hija, joven y matrimoniable, al cuidado de don José, para quien era un obstáculo en su tenebrosa carrera. Un campo en el Chaco, de valor negativo en esos años que siguieron al 90 — despreciable piltrafa que quedó en sus insaciables garras de buitre en el despojo de una de sus innumerables víctimas — le sirvió para casar a su hija con el francés Gaston Bonnefoi y quedar así con las manos libres para manejar los hilos de sus personajes de Grand Guignol. Pero un día nefasto se le enredaron los hilos y desde entonces hasta su muerte fué conocido por el número 485 en la Penitenciaría Nacional.

Doña Ofelia, con los ojos brillantes de emoción, al escuchar las palabras con que la Tovar, desde su balcón, se despide tiernamente de Palmeda, recuerda tiempos pasados, piensa en Julio Mendoza el estudiante de medicina con quien pelaba la pava desde la ventana de la sala y piensa también con amargura en su despótico padre que cortó ese idilio brutalmente para casarla con Bonnefoi. Quizás en su ultra-romanticismo piensa también en el futuro, y — al fin Ofelia — desilusionada porque la vida es realidad, sueña con un lecho flotante de blancos pétalos sobre las dormidas aguas de un lago.

El que está a su lado es su esposo monsieur Gaston, como se le llama generalmente. Vino con sus padres a la Argentina cuando aún no sabía

chuparse el dedo. Pero cuando aprendió, no se lo chupó más. Como en sus correrías por el interior de la República, buscándose la vida, había sospechado el porvenir de los quebrachales, cuando don José Rodríguez Peña le tendió el anzuelo con la carnada del campo en el Chaco, se lo tragó con aire de perfecto imbécil y hoy hace socarronamente la digestión. ¡Qué nene! Toma la vida a la *sans façon* y busca su comodidad, aun cuando las señoras se queden sin gemelos. Se deja poner los brillantes en la pechera, pero en cambio si se le tuerce la corbata *tant pis pour elle*. Lleva su carácter estereotipado en el rostro. Es el arquetipo del hombre feliz, que le juega risa a todo y aprovecha de todo para su risa.

Como le conozco bien, sé que ahora no ríe de las palabras de despedida de la Tovar a Palmeda, sino de los esfuerzos desesperados que, debido a su exigua estatura, se ve obligado a hacer éste para besar la mano de aquélla.

La respetable señora de las cuatro plumas, para quien el teatro es sueño y que yace aplastada por su collar de perlas en el fondo del palco, es la mamá de M. Gaston. Como se comprenderá, en este momento su valor es nulo como aparato reflector.

La sentimental criatura de cabellos rubios que M. Gaston tiene a su izquierda, es su hija Gaby.

La música de los versos hace soñar sus lánguidos y soñadores ojos. ¡Ay, si el chico que pasa diariamente por debajo de su balcón y que ahora está allí cerca, en su butaca; que la sigue por todas partes y lo encuentra en Harrods, en Palermo, en el Select, fuese así! ¡Si se atreviera y hablara!...

Y dulcemente su tierno corazón palpita.

DIBUJO DE CENTURIÓN.

Una regia mansión del más puro estilo inglés, época Georgian y Jacobino

Entre los suntuosos palacios que por su lujo y esplendor constituyen verdaderos monumentos del arte decorativo en nuestro país, no sólo por la ornamentación exterior, sino también y quizás más aún, por la riqueza y esplendidez de sus decoraciones interiores, merece muy especial mención la señorial morada que posee el distinguido hacendado, señor Juan Nelson, cuyas dotes de excelente caballero le han conquistado hace muchos años merecido aprecio y consideración en nuestra sociedad.

Engalanamos hoy nuestras páginas con algunas vistas interiores de su magnífica residencia, en las que se reproducen nitidamente los detalles característicos de los estilos «Georgian» y «Jacobinos», que rigen el decorado y mobiliaje, dando al conjunto su inconfundible carácter, por la belleza y sobriedad de las líneas.

La elección de la época que rememoran los mencionados estilos presentan al señor Nelson no sólo como persona de refinado gusto, sino también y muy especialmente, como amante fervoroso de las tradiciones de su país, puesto que ha procurado reproducir el familiar ambiente característico de los hogares ingleses en el siglo XVIII,



ESCALERA QUE DA
ACCESO A LA GALE-
RÍA DEL PRIMER PISO

LA ESPLÉNDIDA CHIMENEA DEL «HALL» Y EL MAGNÍFICO ARCO DE ENTRADA.





UN RINCÓN DE LA SALA.



VISTA DEL COMEDOR, DESDE EL JARDÍN DE INVIERNO.

para mantener latente en la memoria, a pesar de la distancia que lo separa de su patria, las legendarias hazañas e interesantes aventuras con que los hijos del norte llenaban de asombro al mundo entero con sus admirables proezas, en las que cada héroe se esforzaba por emular las extraordinarias narraciones de Ivanhoe.

La simple contemplación de los grabados da la evidencia de que la idea matriz de toda la regia ornamentación ha sido aunar el máximo de confort y la más exquisita elegancia con la riqueza de los antiguos «Period Homes» ingleses, y ello se ha logrado con maravilloso éxito hasta en los más mínimos detalles, remedados con perfección sorprendente.

La somera descripción que continúa dará al lector una idea, muy pálida por cierto, de cuanto dejamos dicho referente a la elegancia y buen gusto con que ha dispuesto su mansión el señor Juan Nelson. Y será motivo de íntimo orgullo para nuestros compatriotas saber que esta magnífica obra de ornamentación y mobiliario ha sido ejecutada por completo en Buenos Aires, lo cual demuestra la existencia de verdaderos artífices entre nosotros.

El «hall», de amplias proporciones, está revestido de roble fino, destacándose en él una graciosa escalera que conduce al primer piso, donde remata en una galería trilátera, copia fiel de las que existen en las mansiones de Audley End y Broughton, Castle de Banbury, en Inglaterra. Del lado opuesto levántanse dos preciosos arcos descansando sobre pesadas columnas y una magnífica chimenea reproducción exacta de la de Knole House Sevenvaks, que es un modelo de distinción y buen gusto.

La sala, del más puro estilo «Georgian», es un exacto reflejo de la casa Belton, en Grantham, Lincolnshire (arquitecto: señor Christopher Wren); da sobre la calle Uruguay y tiene sus paredes revestidas de rosa de Damasco sobre cubos blancos, que dan una preciosa entonación al recinto. Las molduras de yeso del techo son de excepcional belleza y los ornamentos que rematan los ojivales de las ventanas y las puertas son hábiles imitaciones de los celebrados «Grinling Gibbons» de universal y justificado renombre; pero el centro de atracción de esta majestuosa sala es, sin duda alguna, la soberbia chimenea delicadamente tallada en madera de dos tonos, verde pálido y blanco marfil, sobre la que se verá pronto una maestra obra de arte.

Un corredor decorado con artísticos recuadros de maderas finas, nos conduce al comedor, en el cual la vista de los comensales puede deleitarse en la contemplación de un lujuriante jardín de invierno. Esta pieza ha sido ornamentada, según el estilo





LA BIBLIOTECA.

«Jacobino» moderno, con pesadas molduras y tirantes en el techo que le dan verdadero carácter. Para el cielorraso, comprendido entre estos tirantes, se ha empleado yeso escocés de suave tonalidad. El regio aparador de la izquierda posee hermosas vitrinas de cristal a ambos lados, las que producen un magnífico efecto de luz, rompiendo así la monotonía de la línea que de otra manera resultaría pesada y oscura. Una amplia chimenea, adornada con delicados jarrones de estilo japonés antiguo y de cobre viejo, completan la ornamentación de este familiar aposento.

Aunque más sencillo en su conjunto, es digno de mencionarse el estudio del señor Nelson, en el que todos los espacios libres han sido ocupados por las numerosas copas ganadas en las exposiciones y certámenes ganaderos a que ha presentado los magníficos ejemplares que han cimentado sólidamente la fama de su propietario como hacendado emprendedor y progresista, y las no menos valiosas que han ganado sus distinguidos hijos en las lides deportivas. Los cálidos tonos de las

paredes, la riquísima alfombra que cubre el suelo y el tapizado antiguo de las sillas, dan una impresión de lujo y de intimidad muy apropiada al uso a que está destinada esta pieza.

En resumen: la soberbia mansión del señor Nelson demuestra que aumentan en Buenos Aires los espléndidos palacios que pueden parangonarse con los de mayor renombre, y puede su afortunado dueño sentirse orgulloso de haber sabido disponer un verdadero «home» inglés, que a pesar de sus riquezas no posea la frialdad de un museo.

Tenemos entendido que toda esta magnífica obra de ornamentación fué confiada a la reconocida capacidad de la Casa Thompson, Muebles Lda. de la calle Florida, a cuyos directores nos hacemos un grato deber en felicitar sinceramente por el éxito obtenido.

Esto prueba una vez más que no es necesario recurrir al extranjero para obtener obras de mérito y que podemos vanagloriarnos de haber alcanzado un grado de adelanto envidiable, que puede ser mucho mayor con un poco de perseverancia y patriotismo.



Todas



SOMBRERO DE PAJA RAMALLÉ, COLOR NATURAL, BAJO DE ALA Y COPA DE TERCIOPELO AZUL, ADORNADO DE FANTASÍA DE ALAS. MODELO DE LA MAISON MARGUERITE LEONIE.



«PETIT CANOTIER», COPA DE PAJA MALLINA BLANCA, ALA DE TAFETÁS NEGRO CON BORDE DE GALÓN DE CHENILLE Y ANGORA, CINTA DE «GROS-GRAIN». MODELO DE LA MAISON MARIE LOUISE.

CLOCHE DE GRAN «CHIC», TODA EN PLUMA DE AVESTRUZ «BLUE FRANCE» BAJO DE ALA DE CRÊPE DE CHINE. MODELO DE LA MAISON REBOUX.

BRETÓN DE PAJA INGLESA «SOUPLE», SOBRE ALA DE TERCIOPELO DRAPÉ AZUL MARINO. MODELO DE LA MAISON LEWIS.

LA GRUTA DE HAN - SUR - LESSE



Son pocas las grutas que poseen salas inmensas; casi todas se reducen a pequeños recintos más o menos adornados por la naturaleza. La filtración del agua en los terrenos calcáreos, verdadero agente productor de las cavernas, raras veces forma grandes huecos subterráneos.

Compárase acertadamente, el sistema de distribución de esas aguas con el de la circulación

de la sangre en el cuerpo humano. Las corrientes subterráneas se distribuyen en galerías y pozos semejantes a las arterias y venas.

Así, que resulta difícil encontrar depósitos de agua que tengan una gran extensión superficial. Las grutas Adelsberg (Austria), Dargila y Padirac (Francia), y la de Han - Sur - Lesse (Bélgica), son excepciones de esa regla general.

Esta última, posee una sala de enormes proporciones. La gruta de Han - Sur - Lesse, en cuya seno se pierde el río Lesse, es, por lo tanto, una de las maravillas subterráneas preferidas por los turistas. Tiene un desenvolvimiento de unos cinco mil metros cuadrados, formando un lago donde navegan los botes que los visitantes utilizan para recorrer la gruta.

DUNLOP

ES EL FUNDADOR
DE LA INDUSTRIA
DEL PNEUMATICO



ESTOS SON LOS PNEUMATICOS QUE HAN
RECORRIDO EL MUNDO DE
EXITO EN EXITO,

POR SU

RESISTENCIA, CALIDAD Y KILOMETRAJE

1299, VIAMONTE, 1299

UNION TELEFONICA, 6301, Juncal



Una cara bonita siempre atrae pero...

...la belleza del rostro es tan sólo un reflejo de la salud del cuerpo y de la vitalidad del organismo, y es inútil, por tanto, el tiempo que se pierde en el tocador, cuando existen otras causas. El camino más derecho y más seguro para conservar limpio el cutis, consiste en purificar la sangre. Para evitar las arrugas y la flacidez de las carnes en alimentar los tejidos. Para conservar las energías y la alegría juveniles en fortificar los nervios.

Iperbiotina Malesci

al purificar la sangre, alimentar los tejidos y equilibrar el sistema nervioso, hace más por la conservación de la belleza femenina que todos los llamados "secretos del tocador" reunidos. Su acción rápida y eficaz la ha puesto a la cabeza de todos los tónicos conocidos.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

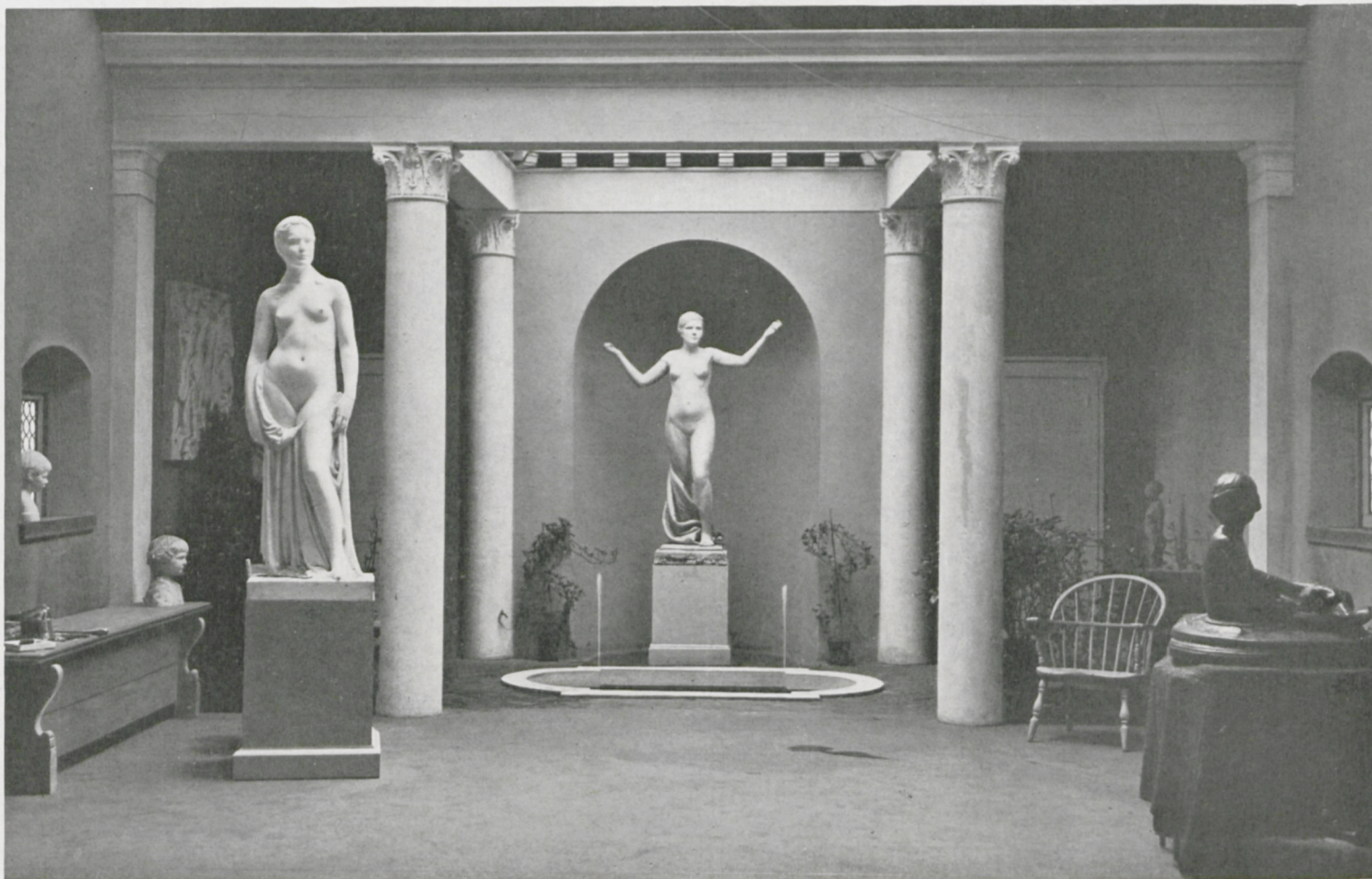
VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario - Importador
para Sud y Centro América:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871 - BUENOS AIRES

EL ARTE EN LOS ESTADOS UNIDOS



OBRAS PERTENECIENTES A RICOS AMERICANOS, EXPUESTAS EN EL ESTUDIO DEL CÉLEBRE ESCULTOR RODOLFO EVANS.

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

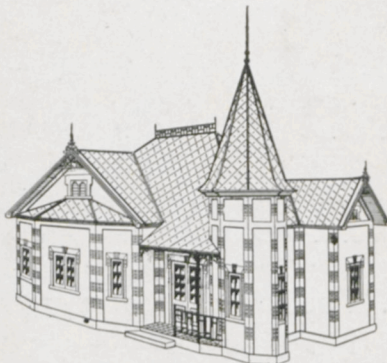
Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

[CJO CON LAS IMITACIONES] NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO COMO RECLAME



Precioso Chalet construido con nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON».— Recomendado para la campaña por los entendidos, y por los resultados obtenidos.

Nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON», es reconocida y aprobada por la Municipalidad de la Capital Federal, y por todos los mejores estancieros de la República.

Nuestra oferta excepcional vence el día 31 de enero de 1919. Consta de 7 piezas varias y comunicaciones. Listo para ser habitado. Es una buena ocasión.

DATOS Y CATÁLOGOS GRATIS PUEDEN PEDIRLOS A NUESTRO ESCRITORIO.

\$ 7.800 c/

Hasta el 31 de Enero de 1919.

R. CHACON HNOS. ALSINA, 1537, Bs. As.-U. T., 5448, LIB.

GATOS DE ANGORA

SANGRE PURA, BLANCOS Y DE COLOR

EN VENTA:

"VILLA EXCELSIOR"

CALLE JURAMENTO, 5148
VILLA URQUIZA (CAPITAL)

PLVS VLTRA

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/a
Semestre (6 ").....	" 6.— "
Año (12 ").....	" 11.— "
Número suelto.....	" 1.— "

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	" 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

ESPLÉNDIDOS SALÓN

Y SALITA,

CONSTRUIDOS POR LA

CASA DECORADORA

WARING Y

GILLOW

EN EL PALACIO DEL

DOCTOR CARLOS DOSE

Una nueva obra ha producido la casa Waring y Gillow, y, como la anterior exhibida ya en esta revista, constituye una verdadera obra de arte noble, en el que los detalles y el conjunto, hablan sugestivamente al espíritu. No hay duda de que la influencia estética de esta casa va afirmándose en el ánimo de las familias pudientes y día llegará en que nos veremos obligados a reconocer cuánto ella ha gravitado en nuestros gustos; cuánto ha hecho en el sentido de despertar nuestro amor a la belleza decorativa; en la transformación de las rutinarias arquitecturas interiores; de los vergonzantes moblajes de la fábrica vulgar, de la ebanistería de cargazón — que aun prevalecen, a pesar de nuestros progresos espirituales.

Las dos obras con que engalanamos esta página, son admirables y merecerán sin duda el aplauso de los entendidos. Ambas son del más puro estilo Georgian, de la 2.^a época. En la decoración del gran salón, predominan los colores verde y oro, siendo los cortinados de rico raso color de rosa y los paneles, de valioso damasco de seda. En el friso se ve un juego de pinturas decorativas de gran efecto, y tras la cornisa, alrededor de la habitación, la luz se ha dispuesto de manera difusa, cual si viniera de lo alto, tamizada. El mobiliaje es todo dorado y aunque el colorido de las pinturas es fuerte, tal como corresponde a su estilo, es, sin embargo, armonioso, adquiriendo el conjunto, majestuoso aspecto, característico de ese arte, poco difundido en estos países.

La salita se halla separada del salón por una gran arcada y un piso de más alto nivel, dándose acceso a la misma por medio de dos escalones. La decoración de esta salita ha sido tratada de la manera más



original, pues es una combinación del Arte Oriental con la decoración inglesa del siglo XVIII.

Las paredes están decoradas hasta la altura de tres metros, con un friso continuado de antiguos paneles de laca chinesca, y el espacio entre este friso y la cornisa, se halla tapizado de raso negro, que entona maravillosamente con el fondo obscuro de los paneles de laca. Tanto las cortinas como el tapizado del piso, es de color violeta. Nótese, también, una espléndida chimenea de mármol, sobre la que existe un espejo ricamente tallado y plateado antiguo. El cielo raso es de forma cupular y la parte

de madera, de nogal lustrado. El efecto general de esta salita es tranquilo, como para hallar en ella la serenidad sedante, deseada por la inteligencia que medita, por el espíritu que anhela la penumbra y el silencio, y forma contraste amable con el intenso colorido del gran salón, formando, así, ambas piezas, un complemento ideal, en una perfecta armonía de matices.

Esta obra merece, pues, el homenaje de un triunfo para la casa Waring y Gillow, y se lo presentamos, como un estímulo a sus esfuerzos que tanto dicen en pro de la cultura bonaerense.

**PHILIPS
ARGA**

LA MEJOR LÁMPARA
SE VENDE EN TODAS PARTES

FABRICANTES:
PHILIPS LIMITED, EINDHOVEN (Holanda)

ÚNICOS AGENTES:
BOSCO, VILA & MARZONI - BUENOS AIRES

